

LA RUEDA OSCURA



Robert Holdstock

Título original: «Elite: The Dark Wheel»

Autor: Robert Holdstock

Género: Ciencia Ficción

Idioma original: Inglés

Año: 1984 por Acornsoft Limited, Betjeman House.

Propiedad Intelectual de Acornsoft Limited SBG38/B3

Sinopsis:

Elite: The Dark Wheel, fue la primera novela que acompañó a un video juego en su paquete de venta. Alex Jason, un joven piloto iniciando su carrera espacial junto a la tutela de su padre, se ve repentinamente envuelto en un siniestro suceso que marcará su destino. Una venganza lo llevará a conocer nuevos amigos, mientras intenta sobrevivir en un universo peligroso, en el cual sólo unos pocos privilegiados pueden alcanzar el rango que necesita para conseguir su objetivo: Ser un piloto «Élite».

CAPÍTULO I

Desde el momento en que la nave comercial Avalonia abandonó su amarre orbital sobre el planeta Lave, y comenzó a maniobrar hacia el punto de salto al hiperespacio, su vida útil, y la de uno de sus dos tripulantes, sería exactamente de dieciocho minutos.

La estación espacial se alejó suavemente en las sombras, y la pequeña nave de clase Ophidian se estremeció cuando sus motores la inclinaron hacia el salto Faraway (lejano). El planeta Lave, abajo, giraba en un esplendor azul y verde. Había tormentas que se movían por el mar de Paluberion, seis grandes espirales de nubes rosas y blancas. Se acercaban a la masa continental que era FirstFall, y prometían unos días sombríos y húmedos para las franjas de bosque y los profundos y serpenteantes valles que atravesaban la escarpada tierra. Las ciudades de la Humanidad y de Laviana, resplandecían entre el verde manto como brillantes fragmentos de cristal.

Observando el exuberante mundo desde su asiento en la consola de astrología, Alex Ryder emitió un audible suspiro de pesar por no haber podido bajar al propio mundo. A su lado, con los dedos moviéndose con pericia sobre las teclas de la consola ManOp del comerciante, su padre sonreía. Jason Ryder conocía bien la frustración de que sólo se le permitiera observar un mundo rico y legendario como Lave desde la órbita. Había estado en el planeta una vez, una experiencia inolvidable... Pero las reglas y normas de la Cooperativa Galáctica de Mundos eran estrictas y sensatas. Lave, como cualquier otro planeta, no era un lugar de vacaciones, ni una curiosidad. Era un mundo vivo, en evolución, y había gente abajo para la que ese mundo era todo lo que la Vieja Tierra había sido para la raza humana. Protección. Madre. Hogar.

Otro momento, otro año, pensó Alex. Su padre ganó su visita a Lave, y él apenas había comenzado su vida profesional. Todavía tenía mucho que aprender.

Los Ryder habían sido una familia de comerciantes durante tres generaciones. Había comenzado con Ben Ryder, que había comerciado casi exclusivamente utilizando barcos piratas destrozados. Ben había vivido la vida al límite, y un día, una noche, un año estelar, no había regresado. En el vacío entre las estrellas, su tumba era tan remota como privada, y probablemente nunca se encontraría. Su hijo y su nieto (que era Jason Ryder) habían seguido el negocio familiar. Alex pronto tendría que tomar la decisión final: si sacrificar su vida al transporte de carga entre los mundos de la Cooperativa Galáctica, o formarse en otra profesión.

Seamos claros sobre el comercio. El comercio entre mundos no es un juego para un joven con ideas de hacerse rico rápidamente. Puedes pasarte toda la vida transportando comida, maquinaria y textiles, y al final de esa vida tendrás lo suficiente ahorrado para comprar una parcela de tierra costera en un mundo tipo Tierra, y pasar el resto de tus días en una comodidad tranquila y aislada.

Eso es todo.

Toda una vida de sudor y combate por una lanzadera orbital, un hogar, y el azul claro de un mar alienígena a tu puerta. Si quieres más, hay formas de conseguirlo: narcóticos, esclavos, animales de zoológico, armas, refugiados políticos... Comercia con cualquiera de estas cosas y la riqueza caerá a tu alrededor.

Y los corsarios, y los piratas...Y la policía.

La tensión de los años de comercio honesto ya estaba afectando a Jason Ryder, pero había invertido sabiamente, y este pequeño yate de recreo con carga era su orgullo y alegría. Podía alejarse de las rutas comerciales durante un tiempo, aunque siempre respetaba la máxima

de los comerciantes de que "una bodega vacía, significa una cabeza vacía", y nunca viajaba sin carga; hoy llevaba zumo de mora, un aromatizante exótico. Podía mostrarle a su hijo cómo era el espacio y abrirle el apetito. O hacerle ver que una vida en el vacío era una de las vidas más duras de todas.

Por su parte, Alex Ryder necesitaría mucho más convencimiento. Era un joven alto y rubio, enjuto y atlético. Era campeón de atmo-surfing en el mundo natal de los Ryder, Ontiat, y muy brillante. Como todos los jóvenes de su edad, se resistía a cambiar su estatus de estudiante por el de profesional, con todo lo que eso significaba en términos de establecerse con una chica en particular, un trabajo, y empezar a planear cuándo, eventualmente, compraría su propia tierra.

Todavía le quedaba un año para decidir, un año de surf, de béisbol en caída libre, de barbacoas en las nubes, de hi-falling, de selección de pareja y de Sim-Combat. No tenía prisa.

Salvo que le encantaba el espacio. Le encantaba el destello del sol en los cascos de duralium, el desorden y la confusión de los puertos espaciales.

Le encantaba la idea de otros mundos, de la exploración, de la búsqueda de caminos.

La voz de SysCon, que controlaba todo el flujo de tráfico en el espacio orbital de Lave, murmuró suavemente,

—*"Avalonia, haz un vuelo de deriva de cuatro minutos al punto de salto Faraway"*.

—Entendido—, respondió Alex, y ajustó el piloto automático en consecuencia. Su padre se sentó y sonrió, con su trabajo hecho por el momento.

El SysCon dijo:

—“*Entra en el salto Faraway por el canal dos siete, a cuarenta y cinco oriente*”.

—Afirmativo—, dijo Alex, y su padre hizo rodar la nave a lo largo de su eje central, listo para el peligroso tránsito por el hiperespacio. Hasta ahora, todo se veía bien.

En el monitor trasero, donde el planeta brillaba mientras se desplazaba lentamente por los cielos, una sombra oscureció la visión: otra nave, alineándose para el salto lejano.

Era bastante normal. Alex no le prestó atención, más preocupado por el inminente tránsito por el hiperespacio. Su padre observó la otra nave durante un momento, y luego se relajó.

No tenía forma de saber que sólo le quedaban catorce minutos de vida.

Hacer un salto Faraway en un sistema tan complejo y concurrido como Lave no es tarea sencilla. Cientos de ojos te vigilan por el más mínimo error. Incorre en uno dentro en la órbita-espacio, y la próxima vez que vayas a atracar en una de las estaciones espaciales Coriolis del mundo, un gran cartel de "NO ERES BIENVENIDO" puede parpadear en el vacío ante ti.

Deslizas tu cabina a través de la puerta buzón bajo la instrucción del Monitor Espacial de la Estación. Tal vez veinte naves hagan lo mismo. La atraviesas cuando es seguro. Giras, aceleras, desaceleras y rotas dentro del segundo exacto, tanto de tiempo como de ángulo de arco. De esta forma, te alejas sin que dos mil toneladas de un comerciante de duralium se estrellen contra tus chorros de hiperespacio. Pero no ha terminado.

Ahora estás bajo la supervisión de la HSA, la Autoridad Espacial del Hogar, y ellos te llevarán de forma segura entre los comerciantes, los yates, los transbordadores, los transportes estelares, y las naves de patrulla policial con forma de flecha. Todas estas embarcaciones

deslizándose a tu alrededor, rayas de plata en la oscuridad, luces verdes y azules intermitentes, paredes repentinas de metal gris que pasan por tu proa, balizas amarillas de advertencia que parpadean.

Mientras se mueven entre este caos, una nueva voz empieza a llamar la atención. Ahora están con el:

—*Controlador de Sistemas de Orientación Lejana; el FOOSC -o SysCon- te prepara para el gran salto.*— Van a recorrer unos siete años luz en pocos minutos, y podrías pensar que eso es mucho espacio en el que perderse, pero no es así como funciona. El espacio lejano es un túnel, como cualquier otro túnel. Dentro de ese túnel está el reino llamado Espacio Brujo, un lugar mágico, un lugar donde las reglas normales del Universo no necesariamente funcionan. Y cada pocos miles de parsecs a lo largo del túnel del Espacio Brujo, hay satélites de control, y ramales, y puntos de parada, y estaciones de rescate; y pasando por todos ellos hay quizás cien canales, cien líneas para que las naves viajen, cada una protegida contra los dos grandes peligros del viaje por el hiperespacio: la reorganización atómica y el desplazamiento del tiempo.

Saltas por tu cuenta a través del hiperespacio, a través de más de medio año luz, y tendrás suerte de llegar al mismo Universo, por no hablar de tu destino.

Es posible que salgas del Espacio Brujo vuelto del revés (lo que no es una visión agradable).

Podrías estar estirado en todos los ángulos equivocados, y aunque la nave siga viajando, esa masa gelatinosa de huesos y carne rotos dentro de la cabina eres tú.

Según la leyenda, puede que salgas bien y respires aliviado, sólo para entrar en órbita de la Tierra y preguntarte ¿Por qué ese gran lagarto, con sus dientes y su larga cola y sus escamas verdes, está

rugiendo hacia ti, advirtiéndote de su bonita parcela jurásica del desierto prehistórico?

Ir a Faraway es mortal, a menos que obedezcas las reglas.

Así que durante unos minutos, en aquel fatídico día, Alex Ryder se contentó con dejar que las voces robóticas de SysCon guiaran la nave de su familia a través de los carriles espaciales, hacia el punto de salto para el planeta Leesti. Se relajó, junto a su padre, y observó el ajetreo del puerto espacial.

La sombra detrás de ellos, la nave que seguía su camino hacia Leesti, era un carguero clase Cobra.

Nadie sabía cómo o cuándo la designación de las naves espaciales se había vinculado a los nombres de las serpientes. La propia nave de los Ryder era una Ophidion relativamente inofensiva, capaz de realizar dos saltos hiperespaciales, armada de forma muy básica, preparada en realidad, sólo para destruir peligros inminentes, como asteroides, meteoritos o "naves locas", nombre que recibían las naves que estaban fuera de control, o que eran pilotadas por jóvenes en busca de diversión. La Cobra era una nave mucho más grande.

La mayoría de las Cobras, una nave comercial común, están enterradas bajo el armamento y las defensas que han acumulado sus duros capitanes. Y con razón...

Ser un comerciante significa dos cosas: ser peligroso y correr riesgos. Peligroso porque para sobrevivir como comerciante hay que conocer las armas y saber utilizarlas en el combate espacial; hay que saber reconocer a un pirata, o a un anarquista, o a un invasor Thargoide, o a una trampa de la policía cuando se puede llevar cualquiera de los miles de materiales prohibidos.

Y de riesgo por la misma razón. Una jugosa Cobra, cargada de minerales, o de tejidos raros, o de pieles, o de mineral, es un objetivo

tan apetitoso para un saqueador, como lo es cualquiera otra en la Galaxia.

Ser comerciante significa disparar primero y después rezar por haber leído bien las señales de advertencia y que tu víctima haya sido un pirata.

Si cometes un error, ni siquiera dos proyectiles de duralium a tiempo y una barriga llena de misiles, te van a salvar de las Vipers.

Vipers: Naves policiales. Pequeñas, rápidas, mortales. Y sobre todo, tenaces. El piloto es un hombre, ciertamente, pero mata al hombre y la nave seguirá viniendo hacia ti. Mata la nave y su misil seguirá viniendo hacia ti. Mata el misil y vigila su sombra.

Cuando una Viper muerde a su presa, se aferra.

Once minutos...

—Hay un espectáculo que no verás a menudo...— Las palabras de su padre irrumpieron en el estudio silencioso y concentrado de Alex sobre el planeta que estaban dejando.

A la derecha, siguiendo un rumbo paralelo hacia el túnel de Faraway, había una nave de forma extraña, con potentes luces que se encendían y apagaban. Atrapada en el sol, Alex pudo ver cómo giraba lentamente sobre su eje central. Unas aletas parecidas a las de un pez se abrían y cerraban. En su elegante casco, ondulaba un rápido patrón de luces de colores.

Una Moray. Una nave subacuática, diseñada tanto para viajes espaciales como submarinos. La Moray, era una nave muy rara de ver en el espacio, especialmente a punto de emprender un tránsito hiperespacial. En mundos como Regiti y Aona, en los que la única tierra eran las puntas de los volcanes que se elevaban sobre los océanos, la Moray era a la vez un carguero y un transporte público,

un enlace naval vital entre las ciudades submarinas que se desarrollaban en esos entornos acuáticos y hostiles.

La frenética señalización de colores de la Moray cesó. Alex se dio cuenta de que su padre observaba con el ceño fruncido, el despliegue animalista (la codificación se había desarrollado a partir de la señalización de una criatura acuática terrestre, el calamar).

—¿Pasa algo? —Preguntó Alex.

Jason se encogió de hombros:

— No estoy seguro. Probablemente no sea nada—, respondió.

Alex miró al extraño barco con renovado interés y luego volvió a mirar hacia atrás, donde la Cobra se había acercado unos kilómetros.

—¿Debemos advertirle que se quede atrás?

Jason negó con la cabeza. Por primera vez, Alex se dio cuenta de que su padre era tan consciente del comerciante como él, y que llevaba unos minutos estudiándolo con curiosidad. Había una tensión en el puente del Avalonia que era inusual, y desagradable.

Algo no iba bien. Alex no tenía idea de qué, pero lo percibía poderosamente. Algo no iba según la rutina.

Entonces se encendió la señal de entrada al túnel de Faraway, acompañada de un suave aviso sonoro.

Y al hacerlo, la esperanza de vida del Avalonia se redujo a sólo nueve minutos.

Alrededor del punto de entrada al Espacio Brujo, se encuentra siempre el mayor grupo de naves de tránsito, la mayoría de ellas amarradas en grupos a boyas orbitales, mientras los mecánicos y reparadores se arrastran sobre ellas, comprobando y revisando sus sistemas externos. En un punto de este tipo en cualquier sistema avanzado como Lave, se ven todas las naves de la línea, de todos los tipos, subtipos y versiones artificiales de todas las naves-serpiente jamás construidas.

Mientras se acercaban al salto, Alex practicaba la identificación visual, un talento crucial para cualquier profesión espacial. Los transbordadores orbitales desarmados y sin tripulación, eran bastante fáciles de individualizar, ya que transportaban carga por todo el sistema. Observó dos naves ASP de la Armada, pequeñas, maniobrables y mortales, bien protegidas contra los ataques y con sistemas de armamento militar muy avanzados. También vio una solitaria Krait, llamada Star Striker, una pequeña nave unipersonal muy utilizada por los exploradores y mercenarios.

A su derecha, atracada en el espacio y todavía descargando a sus pasajeros, estaba la inmensa masa cilíndrica de una Anaconda, un enorme carguero que había sido adaptado para el transporte de pasajeros. Era una nave fea, y su garganta de ariete bostezante le daba la apariencia de ser una criatura ciega y achicharrada, con la boca asquerosamente abierta.

El catálogo era interminable. Cruceros de la clase Boa; Pythons; el favorito de los cazarrecompensas, la Fer-de-Lance, repleta de armas, y sin duda, engalanada por dentro como un palacio; naves de desembarco llamadas Worms; Mambas, Sidewinders... naves grandes y pequeñas, todas con guiños brillantes y reflejando la luz del sol en brillantes reflejos azules y grises.

Y, por supuesto, había naves droides publicitarias, con sus pegadizas pantallas luminosas que parpadeaban con información sobre el ALE DE LA TIERRA REAL DE ROHAN CON MIEL, o las CURAS FUNGALES DE KETTLE. O incluso ofreciendo la "última comida real antes del Espacio Brujo", pequeñas naves restaurante diseñadas para atracar y suministrar alimento instantáneo a los viajeros cansados del espacio (BOCADOS PERFECTOS DE PRIEST, LA COCINA DE TUTTLE. DISFRUTA SU SABOR).

—Aquí vamos... Agárrate a tu asiento...

Jason Ryder siempre decía esto, y Alex siempre lo obedecía. Se tensó como si la nave estuviera a punto de caer sobre un rodillo de gravedad. De hecho, la entrada en el Espacio Brujo vino acompañada de una oleada de aceleración casi inapreciable, un momento de mareo y luego la espectacular visión de las estrellas brillando, extendiéndose y formando repentinas rayas circulares multicolores, de modo que la nave parecía estar pasando por un tubo giratorio. Casi tan pronto como llegó, la oleada de aceleración desapareció. La nave iba a la deriva en la "Luz del Espacio Brujo", en el no-lugar en el que se encontraba.

La Luz, en el "no-lugar del espacio y el tiempo". Cruzaba el vacío entre las estrellas en segundos, pero durante esos segundos se encontraba en un mundo crepuscular cuya existencia iba más allá de la imaginación.

Dicen que el Espacio Brujo está (literalmente) embrujado. Quizá por eso lo llaman "brujo". El tiempo da vueltas, y los átomos se vuelven del revés, y las ondas gravitatorias se hinchan, y las cosas se mueven allí, formas de vida, o sombras, o átomos, o galaxias, ¿quién sabe? Nadie se ha detenido nunca para salir a averiguarlo. Sólo existen allí controles remotos de robots, estaciones de conmutación, monitores, drones de rescate y similares. Lo que sea que viva en el Espacio Brujo, en los túneles lejanos, seguirá siendo un misterio siempre.

Pero hay fantasmas allí. Los fantasmas de las primeras naves que entraron en el Faraway y jamás volvieron a salir.

Fantasmas... Y sombras...

La sombra de una serpiente. Una Cobra... Elevándose sobre ellos...

—¿Por Dios Santo, qué...? —Jason Ryder se había vuelto más blanco que la luz blanca.

Atrapado en el Espacio Brujo, no había nada que pudiera hacer para superar a la otra nave y así dejarla atrás.

—No conoce las reglas. Tal vez sea un piloto novato. — Comentó Alex.

—Tal vez. —Dijo su padre. Los ojos de Jason Ryder no abandonaron los escáneres. Su rostro se había llenado de sudor. Alex observó de nuevo la sombra de la Cobra.

Bien equipada... un colector de combustible, silos de misiles, bodegas de carga adicionales, la cúpula achaparrada de una carcasa de placa de energía... una nave preciosa en verdad y mortal...

"No puede tener la intención de atacarnos", pensó. "¡No puede!"

Tres minutos...

¡Y salieron del Espacio Brujo!

Inmediatamente, las manos de Jason comenzaron a volar sobre la consola de teclas. El Avalonia avanzó, girando sobre su largo eje. El planeta Leesti era un pequeño disco verdoso en la lejanía. Alex vio a su padre armar los dos misiles que llevaba el Avalonia, y luego alcanzó a apoyar la mano en el disparador de láseres múltiples.

Pues se trataba de un pirata. Y cuando Alex aceptó la inevitabilidad del combate, se le secó la boca y se le agudizó la mente. Nunca había estado en combate, no de verdad. Sólo en el SimTrainer. Había oído a su padre hablar de ello, por supuesto. Y el combate no sonaba para nada algo glorioso.

Un ladrón, disfrazado de comerciante. Persiguiendo a su víctima en el mismísimo Espacio Brujo... por su carga de... ¿Saborizante de arándanos?

Una voz incómoda susurró en la mente de Alex. Este era un comportamiento atípico para un saqueador. Normalmente esperaban

en los límites de los sistemas planetarios, vigilando a sus presas con escáneres de larga distancia, eligiendo cuidadosamente. Los piratas pueden encontrarse en todas partes, por supuesto, aunque rara vez en el espacio alrededor de mundos de estados corporativos o democracias (la policía era demasiado eficiente). Los planetas dirigidos por gobiernos anárquicos o feudales, eran el lugar favorito para ellos.

Este comportamiento estaba mal. Un pirata no suele asaltar así.

Alex miró desde el planeta que giraba lentamente, hasta los rasgos sombríos y serios de su padre. Estaban muy lejos de la seguridad. "¿A qué demonios nos enfrentamos?" pensó.

—¡Ponte un RemLok y ve a la cápsula de escape! —, le ordenó Jason Ryder. — ¡Hazlo!

— ¡Me quedaré contigo y lucharé! —Le respondió a su padre.

—¡Al diablo que lo harás! ¡Haz lo que te ordeno!— Mientras hablaba, Jason empujó una pequeña máscara negra (el localizador espacial remoto) hacia su hijo.

Los primeros misiles golpearon los escudos de la Avalonia, y Jason pulsó los botones de lanzamiento de sus propias defensas.

La pequeña nave viró y se tensó mientras él aceleraba la marcha para escapar, activando su ECM mientras la Cobra lanzaba una segunda oleada de misiles. A través del brillo de los disparos, la forma gris del asesino se hizo visible.

Después, todo sucedió tan rápido, que Alex no supo qué había pasado exactamente. Las naves en pugna se abrieron paso y dieron vueltas hacia el planeta. El espacio a su alrededor ardía silenciosamente mientras algunas de sus armas golpeaban y otras eran desviadas.

Entonces todo el Universo se estremeció. El aire chirrió en el vacío. Las luces de la Avalonia parpadearon y se atenuaron. Las

alarmas de advertencia se dispararon en la consola: temperatura del casco en rojo, pantallas que se apagan, energía baja, carga desechada, temperatura de la cabina en descenso...

En el mismo momento de muerte de la Avalonia, Alex Ryder se encontró siendo arrastrado por su padre, la máscara RemLok colocada por la fuerza en su lugar, sobre sus ojos, nariz y boca. Luego, todo su cuerpo fue físicamente manipulado dentro de la cápsula de escape.

La nave entera se sacudió y chilló en su agonía. El combustible se derramó al vacío.

Padre e hijo se enfrentaron por un último momento, cada uno mirando al otro a través de una niebla de lágrimas y confusión.

—¡No entiendo! —Gritó Alex por encima del ruido de la nave moribunda, queriendo decir: «¿Quién está tratando de matarnos?»

—¡Raxxla!— Dijo Jason. —¡Recuerda! ¡Raxxla!— Luego, mientras empujaba a Alex hacia la apretada cápsula de escape, gritó: — ¡Recuerda, Alex! Jamás habría deseado esto. ¡Raxxla!

La cápsula de escape salió despedida. Alex cayó. La elegante forma de la Avalonia estaba sobre él, y luego sólo luz blanca...Calor blanco. ¡Y el frío espacio!

En un segundo habían desaparecido, la nave, su padre, una parte de su vida, borrada por una sola ráfaga de fuego y por la forma flotante de un pirata.

Y mientras Alex observaba, una lengua de fuego amarilla se dirigió hacia la cápsula de escape que se tambaleaba. Sintió calor, luego dolor, luego frío...

El pequeño vehículo de supervivencia se hizo añicos, y los fragmentos brillantes cayeron hacia el mundo verde de Leesti.

Alex cayó al espacio, con los brazos agitados, la boca abierta, la conciencia y la vida agotándose a cada segundo.

CAPÍTULO II

En el espacio, todo el mundo puede oírte gritar... Siempre y cuando estés equipado con una máscara de supervivencia RemLok.

Un instante después de que Alex Ryder cayera en el vacío, una piel artificial de plasFibre había sido disparada para cubrir su cuerpo desde las boquillas de la pieza facial, manteniéndolo caliente contra el frío, apretándolo y protegiéndolo, asegurándolo en el vacío. El flujo de oxígeno a su cuerpo, estaba suspendido para todo, excepto para el corazón y el cerebro. Las dosis de adrenalina y “somnokie”, se mantenían preparadas, justo en la zona cercana a su boca, listas para alertar o deprimir sus funciones corporales según las circunstancias lo requieran. Y el RemLok, gritaba a través del espacio pidiendo ayuda.

Era un dispositivo de supervivencia estándar, una llamada de socorro reconocible al instante, que indicaba que se enviaba desde un pequeño cuerpo moribundo situado a distancia. La alarma chilló en cuarenta canales, cambiando de longitud de onda dentro de cada uno cuatro veces por segundo. Ciento veinte oportunidades de llamar la atención...

Un majestuoso crucero de la clase Boa, cargado de maquinaria industrial, frenó su carrera de salida de Leesti y se volvió para escudriñar el espacio en busca de la fuente de la señal.

Dos Vipers de la policía, salieron a toda velocidad de su sector de patrulla, cerca del sol, en busca del cuerpo en apuros.

Una nave estelar Moray adaptada, con una gran estrella amarilla brillante en su casco (el signo de una nave hospital) salió de la oscuridad.

Los mensajes de las naves tanto al planeta como a su anillo de la estaciones Coriolis, se interrumpieron bruscamente cuando el

mensaje de una fracción de segundo llegó gritando. Los programas de televisión se interrumpieron, y la pantalla se disolvió en una visualización permanentemente grabada de la ubicación del RemLok en la red espacial. Todos los módulos espaciales publicitarios cambiaron sus pantallas de colores chillones, para mostrar en verde brillante la misma información.

En la espacio de la órbita alrededor de Leesti, un millón de cabezas se volvieron hacia las estrellas. Esa fracción de segundo en pánico, ese momento de grito angustioso, era un sonido que conocían demasiado bien como para ignorarlo, y estaban demasiado asustados como para olvidarlo.

En veinte segundos, dos unidades automatizadas de emergencia, pequeñas naves lo suficientemente grandes como para transportar una hora de oxígeno, una dosis de cuarenta fármacos cada una y una variedad de otros estimulantes, se cernían sobre el cuerpo giratorio de Alex Ryder. Parpadeando a través de un solitario monitor, se cernió sobre su cara como un sabueso sin patas y bombeó adrenalina, oxígeno y glucosa en su torrente sanguíneo. Alex abrió los ojos y sintió un poco de pánico. El remoto automático lo calmó con un rápido bombeo de “tetval”.

La voz del robot le susurró al oído:

—*¿Brandy? ¿Whisky? ¿Vodka? Estoy equipado con una gama completa de estimulantes en miniatura para facilitar la espera.*

—*¿Qué... ha pasado... en la nave? ¿Avalonia...?*—, Alex jadeó a través de la máscara facial ajustada.

El auto-remoto parpadeó en simpatía:

—*Brandy, entonces*—, y golpeó a Alex con dos disparos de Qutirian SynCognac.

Una hora más tarde estaba a bordo de la nave hospital Moray, en órbita estacionada sobre la cara verde-grisácea del mundo de Leesti.

Le habían curado las quemaduras de las manos y la cara. Los pequeños vasos sanguíneos que se habían roto bajo su piel, se habían vuelto a unir. Estaba magullado, aturdido, pero básicamente en forma.

Sin embargo, la imagen de la explosión de la nave, había empezado a perseguirle. Estaba de pie junto a la amplia ventana inclinada de su habitación de hospital, mirando a través de la brillantez del espacio hacia el mundo que giraba lentamente por debajo, observando el destello y la caída de las lanzaderas y los pequeños cargueros mientras se deslizaban desde el cielo hacia abajo, o golpeaban el cielo en su ascenso, dejando breves y brillantes llamaradas de color rojo en la delgada atmósfera planetaria.

Dondequiera que mirara, podía ver la sombra de la Cobra, que se alzaba en la luz del Espacio Brujo, una gran bestia asesina, acercándose a su presa. Y el rostro de su padre sorprendido por la alarma, la ira repentina, y sin embargo... sin embargo, Jason Ryder lo había intuido.

Su hijo, afligido y aturdido, sólo sabía que su padre había sido más consciente del peligro de lo que había dejado entrever. Se reflejaba en su rostro, en la tensión de la cabina, en las palabras lentas y deliberadas que había pronunciado durante la carrera de aproximación al hiperespacio.

Jason sabía que su vida estaba en peligro. Había estado preparado para ello, listo para salvar a su hijo en caso de un ataque.

No tenía sentido. Pero por el momento, Alex sólo sintió la pérdida de un hombre al que había amado. Sus dos padres habían partido ahora. Su mundo natal parecía un lugar vacío y poco atractivo.

Detrás de él, la puerta se abrió suavemente y apareció la figura de una enfermera vestida de gris. La enfermera lo reprendió suavemente por estar fuera de la cama, pero parecía complacida por su estado mental aparentemente tranquilo.

Siguió lo que parecía un flujo constante de visitas. Primero el médico, que le escaneó en busca de tensión y represión psíquica. No estaba contento. Más o menos le dijo:

—Joven, su padre ha muerto y no le vendría mal derramar algunas lágrimas. Está todo ahí, todo el dolor, toda la tristeza. No te servirá de nada negarlo.

—Lloraré por mi padre—, respondió Alex con rabia, con frialdad. —Lloraré sobre las cenizas del pirata que lo mató. Y no hasta entonces.

—Lo harás, en efecto.

—¡Sí!— Aseguró Alex desafiante. —Lo haré. Lo haré.

Después que el médico se marchara, vino el hombre de la Cooperativa Médica Galáctica, que comprobó minuciosamente el seguro médico de Alex, asegurándose de que estaba cubierto en todos los aspectos del tratamiento, incluido su tránsito a casa.

Luego llegó la policía, dos hombres de rostros delgados, con las capas grises y los chalecos plateados del Departamento de Investigación de Narcóticos. “¿Qué carga había transportado la Avalonia? ¿Por qué un pirata estaría tan interesado en él como para seguirlo a un mundo de Estado Corporativo? ¿Su padre había transportado alguna vez drogas? ¿Armas de fuego? ¿Esclavos? ¿Y sustancias alienígenas? ¿Manjooza, glándulas del miedo, Marswurt? ¿Qué se dijo en los momentos previos a la destrucción? ¿Reconocería la nave de nuevo? ¿Cuáles eran sus marcas?”.

Alex les contó todo lo que pudo recordar. Todo lo que había visto. Todo lo que había oído... Excepto por el hecho de que su padre había reconocido claramente el peligro. Y excepto también, por la palabra Raxxla.

La policía se fue. No estaban satisfechos. Alex acababa de recibir su licencia de piloto solitario, por lo que podía hacer su propio camino

de vuelta a su sistema natal, pero debía notificarles la ruta que iba a tomar.

Raxxla...

Alex los vio partir. Su Viper era una nave delgada y de aspecto maligno. La observó despegar y alejarse a toda velocidad de la nave hospital. Su estado de ánimo coincidía con la tenue iluminación de la habitación, con el gris sombrío de las tormentas que se estaban formando en el mundo allí abajo. Los océanos de Leesti parecían ahora salvajes y fríos, sus nubes eran grandes remolinos de ira de color carbón sobre la tierra desgarrada y montañosa.

Raxxla. “¿Qué podría ser? ¿Qué podría significar?”

A medianoche, todavía descansando y recuperándose (al cuidado de la Autoridad Médica de Leesti), una pequeña luz verde parpadeó en su habitación. Alex, que seguía despierto, frunció el ceño y se dio cuenta de que le estaban vigilando.

—¿Qué pasa?—, preguntó en la habitación vacía, y la voz de una enfermera le susurró:

—Hay un mensaje holoFac para ti. Han solicitado un rayo de luz. ¿Lo recibirás?

Alex se sentó en la cama. Nadie sabía que estaba aquí. ¿O sí?

Frunció el ceño y dijo:

—Claro.

—¿Acepta la comunicación a cargo del origen?

Se sintió cada vez más curioso, y como estaba en banca rota y sin créditos hasta que resolviera su seguro de GMC, le resultó fácil decir que sí.

En medio de la habitación, el aire se volvió blanco de repente, y pequeñas partículas brillantes salieron disparadas en todas

direcciones alrededor de la forma gradualmente definida de un hombre. Era alto, pero ligeramente encorvado. Cuando la blancura de la imagen se convirtió en color, la blancura del hombre se mantuvo. Tenía el pelo largo y níveo, la barba desaliñada. Su rostro tenía un toque de color. Sus ojos eran pequeños, puntos brillantes entre las arrugas. Sonreía. Llevaba un uniforme de comerciante hecho jirones, y un brazo le colgaba sin fuerzas a su lado. Incluso sus botas estaban desgastadas y los dedos de los pies estaban partidos. La pistola que llevaba a su lado había tenido los mismos días mejores que el resto de su equipo.

—¿Eres el chico Ryder?— preguntó esta aparición de edad tan deteriorada. La voz crujió un tono rudo y maltrecho, la voz de un hombre que había respirado con fuerza el vacío.

—Ese soy yo. Alex Ryder. ¿Y tú?

Alex se levantó de la cama y fue a colocarse ante el holoFac de tamaño natural. El anciano le observó, y masticó. Luego escupió. El trozo de saliva manchada pareció volar directamente hacia el hombro de Alex, que dio un respingo y se movió ligeramente hacia un lado, antes de darse cuenta de que nada podía viajar al espacio real desde el holograma.

—No te acuerdas de mí.— Dijo el anciano. —Eso está muy claro. Pero yo sí me acuerdo de ti.

—Dígame su nombre.

—Rafe Zetter. Antiguo comerciante. Trabajé con tu padre durante muchos años, hasta que nos separamos por un asunto que, se podría decir... causó una diferencia de opinión entre nosotros.

—Esclavos—, dijo Alex rápidamente. Ahora recordaba a Rafe. ¿Pero qué le había pasado a ese hombre? Era viejo antes de tiempo. Tenía la misma edad que habría tenido Jason Ryder, pero aparentaba veinte años más.

—Esclavos, es correcto—, dijo Rafe. —Llevé mi vida al borde del mordizco de una víbora...—, en la jerga de los comerciantes para decir "un salto por delante de la ley". —Pero para cuando me permití ese pequeño capricho, mi culo era de hierro duro. De alguna manera llegué hasta el infierno y he vuelto. Ahí es donde estoy ahora.

—¿En el infierno?

—En la ruina.

Alex asintió con la cabeza, comprendiendo poco a poco la jerga de los comerciantes. Un "culo de hierro" era una nave lo suficientemente bien defendida -escudos, misiles y láseres- como para poder atravesar cualquier sistema, incluso un paraíso anarquista como Sotiqu. Todo el infierno y algo más se abalanzaría sobre ti si intentaras comerciar en un sistema tan caótico. «Infierno y vuelta» significaba que Rafe había probado la buena vida, comprada con los beneficios de su comercio ilegal, pero que todo había salido mal. Siempre salía mal.

Rafe dijo:

—Sentí mucho lo de Jason. Un buen hombre. Un buen amigo de antaño, y un hombre al que todavía respeto.

—No ocurrió sino hace ocho horas—, dijo Alex con frialdad.—
¿Cómo demonios te enteras de ello?

Rafe Zetter se rió y volvió a escupir, y de nuevo Alex no pudo evitar agacharse. El escupitajo se desvaneció en el borde del holoFac, y Alex sintió un escalofrío de irritación.

—Tienes el carácter de tu padre, joven Alex. Tal vez incluso tengas algunas de sus habilidades.

—Responde a mi pregunta, viejo. ¿Cómo te las arreglaste para saber de mi padre? ¿Cómo me has encontrado?

Mirándolo desde el holo, Rafe masticó, sonrió y reflexionó. Alex se tensó, esperando la siguiente transmisión de escupitajos a alta velocidad.

Rafe respondió:

—Te repito, Alex. Tenía un gran respeto por Jason Ryder. Por lo que era y por lo que hacía.

—Era un buen hombre—, confirmó Alex. —Y un comerciante honesto.

—¡Era mucho más que eso!— Reafirmó Rafe en voz alta, y escupió. Alex lo esquivó. La imagen fantasmagórica del holoFac brilló y se desdibujó ligeramente.

—¿Qué significa eso?

Rafe Zetter se inclinó hacia delante de forma que sus canosos rasgos parecían casi capaces de besar al joven.

—Era un combatiente, Alex. Uno de los mejores. No debería haber muerto como lo hizo...

—Mi padre era un comerciante, no un combatiente—. Dijo Alex, sorprendido y perturbado por lo que Rafe estaba insinuando.

—Adivina de nuevo, hijito.

—Pero le daba asco disparar con rabia.

—Tal vez.— Dijo Rafe con sorna. —Pero eso no lo detuvo. Si no, ¿Cómo crees que se las arregló para ser comerciante todos esos años? Maldita sea, Alex. Aunque tu carga sea crema agria y pepinillos, alguien va a intentar quitártela. Tu padre era un combatiente del más alto calibre.

Alex tragó fuertemente, mirando fijamente los rasgos inquisitivos del viejo Rafe Zetter.

—¿Del más alto calibre?

Rafe asintió.

—Así es, Alex—, dijo suavemente. —Puedes ser mortífero, puedes ser peligroso, y puedes acabar como comida para mascotas en la órbita de un mundo de perros como Isveve. Pero si eres élite, y mueres, entonces hay una razón para tu muerte.

¿Qué estaba diciendo este anciano? ¿Élite? ¿Un combatiente Élite? La cabeza de Alex dio un vuelco. Sabía todo sobre los pilotos espaciales que se habían ganado ese título, por supuesto. Pocos lo sabían. Ser de élite en el combate era ser... bueno, tan invencible como que no había posibilidades. Muchos pilotos eran "peligrosos"; no durabas mucho como comerciante si no lo eras. Muchos más se habían ganado la clasificación de "mortales". También muchos mercenarios. También muchos piratas. Pero... ¿Élite? Pocos y distantes entre sí.

Y su padre, Jason Ryder, había sido un Élite... ¡Y nadie de su familia lo había sabido!

—Jason era uno de los mejores. Probablemente nunca viste su nave, era como una fortaleza. Negociaba en lugares en los que la mayoría de nosotros habríamos tenido pesadillas—. Rafe sacudió la cabeza con admiración. —Uno de los mejores. Un hombre del más alto calibre—. Su mirada se endureció hacia Alex.—La pregunta ahora es... ¿Puedes ser tú como él?

—¿Qué te hace dudar?— Desafió el muchacho.

—Jason nunca dijo nada sobre ti. Supongo que intentaba protegerte. El problema es que no me da nada para seguir adelante. Vas a vengar la muerte de tu padre -puedo decirlo por tu aspecto, y tu tono, y tu ira- pero por lo que sé, eso sólo significará que un Ryder más será polvo de estrellas antes de que consiga apuntar un misil.

Como no le gustaba el tono de Rafe Zetter, Alex dijo amargamente:

—He hecho horas de SimCombat. Tengo una gran puntuación...

Rafe se rió y escupió voluminosamente, luego se puso serio.

—Alex, hay algo que tengo que saber. Tal vez vas a terminar...

—¡Siendo comida para mascotas en órbita alrededor de Isveve!

—Sí. Tal vez eso. La única persona que conocía tus talentos era tu padre. Dime, Alex, y dime la verdad, ahora... ¿Te dijo algo?...ya sabes... en los momentos previos a su muerte? ¿Indicó algo, o dijo alguna cosa?

—Dijo mucho—, murmuró Alex, y sintió una fuerte punzada de dolor al recordar la mirada de su padre, la grisura de sus mejillas y sus palabras desesperadas: "Recuérdame, Alex...". —Creo que sabía que iba a morir. Lo último que dijo fue la palabra Raxxla. No sé qué es eso. Un alienígena, supongo...

Rafe sonrió, sacudiendo la cabeza. De repente hubo un brillo en sus ojos:

—Raxxla no es un alienígena, Alex. Es un mundo fantasma. Un planeta. Una leyenda... —Dudó, mirando inquisitivamente al más joven a través de la conexión distante entre ellos. —¿Jason realmente te dijo eso?

Alex asintió.

—Justo antes... Fue lo último que dijo.

—Entonces lo sabía—, dijo Rafe con un movimiento de cabeza. —Y eso es suficiente para mí. Alex, lleva tu frágil caparazón a Tionisla y coge una lanzadera de visitas al cementerio orbital de allí. Di que has venido a ver la tumba del Piloto Estelar Fleischer. Y echa un buen vistazo. Hazlo, muchacho. Mañana. Te estaré esperando'.

—¿Esperando para qué?

Rafe se rió.

—¿Cómo vas a cazar una Cobra? ¿Vas a pararte delante para que se detenga? ¿O usarás un palo grande para golpearla? Necesitarás una nave. Cazar de igual a igual. Ve al lugar del naufragio en Tionisla. Conozco la nave que necesitas. No hables con nadie. Sólo llega a Tionisla.

—Pero...

—¡Au'voir, Alex!— Y Rafe Zetter escupió por última vez antes de que el holoFac se desvaneciera.

Alex no se inmutó. Algo pasó silbando por su oído y golpeó la pared detrás de él.



CAPÍTULO III

La mejor manera de ver el cementerio de Tionisla, es acercarse a él desde el Sol (algo razonablemente seguro ya que Tionisla, al ser una Democracia, tiene pocos piratas en su sistema). Tionisla en sí es un mundo amarillo brillante, y el cementerio está siempre entre el planeta y su estrella. Cuando vuelas cerca, la extraña necrópolis parece expandirse por todo la parte trasera del mundo.

Lo primero que ves, es un disco plateado y brillante, una doble espiral de pequeños puntos brillantes. Gira lentamente: es una galaxia en miniatura, con la misma mancha intensa de luz en su centro, porque aquí es donde se encuentran las mayores tumbas.

Acércate y pronto podrás ver que las estrellas de esta galaxia son marcadores, grandes trozos de metal, fuertemente inscritos con las palabras y los símbolos de mil religiones. El cementerio es un espectáculo extraño y conmovedor. Los marcadores rara vez miden menos de 30 metros. Hay cruces de aleación de cromo, estrellas de David de titanio, hendiduras de duralio y todas las extrañas formas simbólicas de los mundos, las mentes y los credos que han venido a morir en este lugar especial del viajero estelar.

Debajo de este vasto mausoleo giratorio, se encuentra la forma dodecaédrica de una estación espacial de clase "Dodo", sede de las Autoridades del Cementerio. Aquí se pasa el control de seguridad y se obtiene la visa de visitante. Y mientras estás en la cola, mirando hacia arriba a través del techo translúcido de la sala de aduanas, puedes ver las naves maltrechas y rotas de muchos de los muertos, todavía unidas a la silenciosa tumba que contiene el cuerpo.

Es una razón suficiente para venir a Tionisla. Entre los restos del naufragio, hay abundancia de botín. Los tesoros de los siglos podrían

ser revelados pulsando el panel derecho en el cubo de metal negro y alienígena, mientras flota silenciosamente.

O tal vez no sea un tesoro, sino las defensas de la tumba. Un pozo con un láser. Un robot guardián con cuchillos donde deberían estar sus manos. Un vacío hiperespacial que te absorbe y te lanza a otro tiempo.

Pisas con cuidado entre los restos en órbita de Tionisla. Las criaturas enterradas aquí -humanas y alienígenas- tenían dinero suficiente para comprar estos preciados lugares de descanso, y riqueza más que suficiente para proteger sus propiedades después de la muerte de los dedos mercenarios de los cazadores de recompensas.

Una vez cumplidos los trámites y comprobada su recién estrenada licencia de piloto, Alex Ryder recibió una pequeña nave turística, de forma extraña y engorrosa. Navegó rápidamente entre las tumbas, buscando el lugar de descanso del piloto estelar Fleischer, siguiendo las coordenadas del plano del cementerio de la nave.

Pronto encontró lo que buscaba. Fuera quien fuera Fleischer, era monstruosamente egocéntrico: su tumba era una gran estructura cristalina, una bola de agujas brillantes como un diamante, literalmente de cientos de metros. Su cuerpo, vestido con el uniforme rojo de un combatiente de élite, flotaba en éxtasis en el centro de esta gran construcción, iluminado por la luz concentrada del sol.

Atada al sencillo monumento de la tumba, al lado de ésta, estaba la forma maltrecha y ampollada de una nave de la clase Cobra, con su insignia aún expuesta con orgullo, pero con todo su equipo vital, su depósito de combustible, sus bahías de carga adicionales, sus bancos de misiles y láseres de popa retirados.

Alex la miró fijamente. No se parecía en nada a la Cobra que había destruido la nave de su padre. Aquella había estado erizada con todas las cosas adicionales que el buen dinero podía comprar, para

defenderse y atacar, y para hacer que el juego del comercio fuera una perspectiva más fácil para el comerciante de élite. Una luz en el Cobra le guiñó un ojo.

Alex parpadeó y volvió a mirar. Efectivamente, una pequeña luz roja se encendía y apagaba, una breve secuencia de código.

«ATERRIZAR EN LA PLACA DORSAL»

Alex maniobró su pequeña nave por encima de la forma de flecha del Cobra, y la tocó suavemente sobre el casco ampollado por el calor. Miró a su alrededor con culpabilidad. Tocar monumentos no estaba permitido y el cementerio estaba patrullado por Kraits, pequeñas y mortíferas naves de seguridad, con instrucciones de hacer volar a cualquier hombre, mujer o niño que fuera visto manoseando un mausoleo...

Pero el cementerio era enorme, y las sombras de las grandes tumbas convertían este mundo en miniatura de los muertos en un lugar de escondites, y de seguridad cambiante y ocasional.

Un puerto de entrada se abrió, y una luz verde parpadeó rápidamente el mensaje "Suba a bordo". Alex pilotó la nave hasta el espacio del casco y, cuando recibió la señal de "presión verde", salió y caminó con cautela hacia la zona de control principal. Abrió la puerta corredera y parpadeó un momento ante las brillantes pantallas de control y los escáneres. Delante de él, la pantalla principal era amplia y ofrecía una vista de la tumba de cristal de Fleischer.

Contra el brillo del cristal se perfilaba la silueta de un hombre, con un traje espacial completo. Una mano se apoyaba en la consola de navegación y la otra se cernía sobre el botón del láser.

—Estoy a bordo—, dijo Alex, y se acercó al silencioso piloto. El hombre no hizo ningún movimiento, no dijo nada.

Durante un momento, Alex permaneció a su lado, mirando el lugar del naufragio, los monumentos que se movían lentamente, las estrellas que se vislumbraban al fondo. Luego se volvió para saludar a su anfitrión. Y casi se muere del susto, dando un rápido y horrorizado paso atrás. Era el rostro dibujado y momificado de un cadáver el que le miraba a medias desde su visera, con la sonrisa rictus de la muerte extendiéndose por sus labios.

—¿Crees que deberíamos llevarlo con nosotros?—, preguntó una voz desde el otro lado de la cabina. Alex se sobresaltó de nuevo y observó la figura que surgía de las sombras. Como una especie de tótem. —Un amuleto de la suerte.

Alex intentó sonreír, pero ni el alivio ni la encantadora sonrisa del recién llegado lograron relajarlo lo suficiente. Habían pasado demasiadas cosas demasiado rápido, y se quedó clavado en el sitio, observando cómo la mujer se acercaba a él.

Era bastante pequeña. Su piel era olivácea y sus ojos oscuros. Llevaba el pelo en una serie de pinchos a la moda, como un puercoespín. Vestida con el mono verde claro que llevaban la mayoría de los comerciantes, parecía abrumada por la ropa. Su toque de mano era frío y seguro, y mantuvo el contacto mientras miraba a Alex

Ryder, todavía insinuaba una sonrisa nerviosa.

—Así que tú eres el hombre que Rafe ha elegido. Bueno, Alex. Hasta ahora parece que la navegación estelar contigo va a ser, al menos, tranquila. Tú... eh... —frunció el ceño—. ¿Tienes habilitada la función de hablar?— Lo giró ligeramente y le palpó la espalda como si buscara un interruptor. —¿O es usted uno de esos primeros modelos de "semáforo sonriente"?

—Lo siento—, dijo Alex. —Me has cogido por sorpresa.

—¡Oh, Dios!—, dijo la mujer. —¿Dónde está el interruptor de apagado? Creo que te prefiero en silencio.

—¿Quién es usted?— preguntó Alex, irritado por su frivolidad y deseoso de saber por qué Rafe Zetter lo había convocado aquí. ¿Dónde estaba el viejo?

—Trader Fields—, dijo ella, y se tocó el hombro izquierdo con el puño de la mano derecha a modo de saludo. Mi nombre de pila es Elyssia. Elyssia Fields—. Volvió a sonreír. —Es una broma de mi madre de cría. Descubrió la mitología griega a los nueve años, cuando estaba incubando su primer racimo.

¿Madre de cría? ¿Griega? ¿Incubando racimos? Eso significaba que Elyssia Fields era de Teorge, el llamado "mundo de los clones". Alex se esforzó por recordar lo que le habían enseñado sobre Teorge... un mundo habitado, colonizado por dos naves coloniales que habían procedido a clonar a unos pocos seleccionados de la tripulación y los colonos, matando a los demás. Durante siglos, Teorge había sido un mundo aparte, aislado del flujo normal del comercio, y con la prohibición de enviar representantes al espacio. Elyssia Fields era claramente una fugitiva.

—Soy Alex Ryder—, dijo Alex.

—Lo sé—, le respondió la mujer, rompiendo la mirada con la que le había estado observándolo. Le dio una palmadita en el hombro al cadáver, con un gesto extrañamente cariñoso. —Este es, o más bien era, el comerciante espacial Henry Bell. Vamos a robar el ataúd del señor Bell. De toda la gente que va a objetar, él va a ser el más objetable. Este cubo de óxido está preparado con holo-proyecciones de nuestro hombre aquí, advirtiéndolo de las graves consecuencias de invadir su santidad. He apagado la mayoría de ellos, pero supongo que me he perdido algunos.

—¿Vamos a robar esta nave?— preguntó Alex en voz baja, comprobando el parpadeo del panel de control. El combustible de

Witchlight registraba lo suficiente para un salto de 0,1 años luz, apenas alcanzaba para salir del sistema Tionisla.

Elyssia le miró fijamente, con una media sonrisa en los labios.

—Podemos pasar el tiempo charlando, si lo prefieres. O colocar algunas flores, limpiar la tumba...".

—Quería decir —dijo Alex con sorna: —¿Cómo diablos vamos a salirnos con la nuestra?—. Se encontró mirando las facciones de la mujer humanoide. La sombra de tristeza y dolor que le había perseguido durante las últimas horas pareció desvanecerse un poco. La chica le interesaba. Y añadió: —¿Y por qué me estás ayudando? ¿Dónde está Rafe?

Con una rápida carcajada, Elyssia dijo:

—Es curioso lo de Rafe. Vayas donde vayas en la galaxia, siempre está ahí, un holoFac blanco y brillante. ... pero dónde está realmente... eso es algo que estás a punto de descubrir—, miró a Alex. —¿Por qué te estoy ayudando? Quién dice que lo hago. De hecho, nos ayudaremos mutuamente. Tienes un padre que vengar. Yo también tengo cosas que vengar. Tal vez te las cuente algún día. Pero sin ti no puedo pilotar esta nave.

Sorprendido, Alex dijo:

—Las cobras se hicieron para ser pilotadas por un solo piloto.

—Pero yo soy una Teorgeon soltera. Se supone que no debo estar aquí. Puedo volar este cubo con los ojos cerrados, pero tu cara encaja. Escucha, Alex, esta nave no sobreviviría al primer ataque de un pirata con una pistola de burbujas. Por muy buenos que seamos detrás del botón láser, necesitamos escudos, misiles, defensas y espacio de carga. ¿Cómo crees que vamos a conseguirlos? Cómo ya sabes, no crecen en las lunas plateadas.

—Se venden—, reconoció Alex con tristeza, y la visión de la larga vida de su familia comerciando a través de las estrellas se extendió ante sus ojos.

Elyssia tenía razón. No podía ir a cazar una Cobra sin el equipo adecuado, y le llevaría demasiado tiempo resolver su herencia, teniendo en cuenta las circunstancias de la muerte de su padre.

Se sintió totalmente abrumado por la frustración. Una parte de él quería matar ahora mismo. Otra parte de él quería lanzarse a los planos espaciales y cazar al asesino de su padre. Pero la mejor parte de él, sabía que eso sería una receta para el desastre, que había que tener paciencia, que era esencial una evaluación táctica de cómo emprender la caza... ¡Y que una nave bien equipada era la más mínima necesidad!

—Tengo cien créditos como mucho—, dijo Alex, refiriéndose al préstamo de los Servicios de Emergencia Galácticos que le habían concedido para volver a casa.

—Es un comienzo—, comentó Elyssia. —Es un comienzo en el negocio del comercio. Como diría Rafe, le daremos a esta vieja un culo de hierro.— Su rostro se ensombreció, aunque las luces parpadeantes de la consola brillaban en sus ojos. —Luego iremos a un lugar que sospecho que sólo Rafe Zetter conoce, y veremos arder un montón de corazones por cortesía de unos buenos disparos de los dos. Conseguiremos la nave que acabó con tu padre. Ese trasto tiene mucho por lo cual responder...— Pero no dijo más que eso.

Para cualquiera que piense empezar una carrera de comercio espacial desde cero, la tarea más difícil es encontrar una nave. Cada sistema planetario tiene sus depósitos de chatarra flotantes, sus embarcaciones de segunda mano, sus naves incautadas, eventualmente subastadas por la policía. En la mayoría de los lugares se buscan copilotos, para trabajar sin sueldo durante cuatro años con

la garantía de una nave propia al final, si es que siguen vivos. Pero son caras, aunque provengan del desguace.

Alex estaba impresionado y sorprendido por la audacia del robo que se le proponía. En respuesta al plan de Rafe, la fugitiva, que llevaba casi un año escondida en la nave del muerto, había conseguido acumular el combustible, la comida y la energía necesaria para realizar el breve salto al hiperespacio hasta el desguace interestelar. Lo único que faltaba era el copiloto adecuado, alguien que pudiera realmente hacer la operación sin levantar sospechas.

Transportaron el cuerpo momificado de Henry Bell a la pequeña nave turística y la dejaron a la deriva.

—Pase lo que pase ahora— sentenció Elyssia mientras tomaban sendas posiciones en las consolas del puente—, vas a recibir un rótulo de "delincuente". Pero Rafe cree que si respetamos el cuerpo, lo publicarán en la propia Tionisla únicamente. Si destruimos el cadáver, probablemente notificarán a la mayoría de los mundos cercanos, y no podemos permitirnos eso. Aquí vamos...

En la pantalla, la pequeña nave turística se alejó y los abarrotados monumentos del cementerio pasaron en un vertiginoso conjunto de superficies brillantes y sombrías. Alex estudió detenidamente los escáneres y los monitores. Sólo tenían un pequeño suministro de energía para las pantallas de proa y popa, para una o dos ráfagas de rayos de láser. Ningún misil, por supuesto. La nave seguía fijada en la estación espacial Dodo, cuya posición se mostraba mediante el punto brillante que se desprendía del mapa de la cuadrícula triaxial.

Con lentitud, la Cobra giró y comenzó a moverse suave y silenciosamente hacia el borde del campo de tumbas en espiral.

El escáner hizo un barrido y Alex lo observó con atención, alerta y aprensivo ante el guiño revelador de su luz verde en movimiento.

Los colores más apagados de las tumbas y las naves estacionadas se agolpaban en la pantalla del escáner, pasando lentamente.

—Hay algo que debo decirte sobre los saltos incontrolados en el espacio brujo.— Advirtió Elyssia, y Alex sintió un momento de irritación.

—Ya lo sé. Gracias. Además, dondequiera que vayamos, sólo iremos a una décima de milla. Y eso es razonablemente seguro.

Elyssia se rió. —¿En qué dios o diosa crees?

—En la Factoría Randomius— murmuró Alex.

—Yo también...

Se miraron el uno al otro.

Alex sonrió y dijo:

—Repite conmigo: «Señora del Destino, te adoramos. Llévanos a casa de Rafe, te lo imploramos.»

Los monumentos y monolitos pasaron a la deriva. El campo de estrellas se ensanchó delante de ellos.

—Ya casi hemos llegado—, respiró Elyssia. —Prepárate para el salto.

Alex observó el escáner.

Y aparecieron dos puntos de luz brillantes, moviéndose rápidamente hacia ellos.

—¡Tenemos compañía!— anunció Elyssia y juró en voz alta.

—No tenemos mucha potencia de láser— dijo Alex.

—Si usamos nuestro láser, cualquier posibilidad de negociación desaparece. Esos son policías. Puede que no sean Vipers, pero son policías de todos modos. ¡Maldita sea!

Por delante de ellos, el campo estelar estaba casi despejado. Las dos naves de seguridad se separaron para acercarse por ambos lados. Elyssia comenzó la cuenta atrás, con el dedo apoyado en el único gatillo que los despacharía lejos.

Diez segundos...

La cobra vibró y gimió, desacostumbrada a la actividad después de muchos años en éxtasis.

—Se están acercando... ¡Nos disparan!

Cinco segundos...

La cobra chilló cuando un disparo láser rebotó en su casco. La energía del escudo, tan baja como era, se desvaneció. La nave atacante se pasó de velocidad. Su colega disparó y falló, maniobrando con dificultad alrededor de un gran monumento de tipo “henge” que giraba lentamente en el borde del cementerio.

Tres...

—Alineando... ¡Disparan de nuevo!

Las dos naves estaban juntas otra vez. Sus láseres atravesaron el vacío alrededor de la nave.

Dos...

Hubo un golpe, un grito de dolor, la nave casi se sacudió fuera de control. Y entonces...

¡Saltando!

Elyssia se dejó caer en su silla. Alex se alegró. Cuando miró a la mujer vio que estaba empapada de sudor. Cuando extendió una mano hacia ella, sus dedos temblaban incontrolablemente.

CAPÍTULO IV

—Tienes una nave,— dijo Rafe —tienes dinero. Tienes un copiloto que es mejor tirador que tú, pero espero que no por mucho tiempo. Ahora depende de ti, joven Alex. Y una cosa más. Si Jason estuviera aquí tendría esto que decir: *“En tiempos de problemas, olvida el sentido común, olvida la fuerza. Haz lo que te dé la gana. Si no funciona, una cosa es segura: No estarás cerca para lamentarlo”*.

Sentado en la consola de astrología de la Cobra, Alex observó el hogar de Rafe en la pantalla de proa. Era un crucero clase Anaconda muy modificado y de aspecto bastante extraño, con el compartimento de carga abollado, el depósito de combustible abierto y las luces del casco parpadeando, no tanto por su significado como por su mal estado.

Rafe no le había invitado a subir a bordo. A 0,1 años luz de Tionisla estaba a salvo de ser detectado, y aquí se quedó en el frío y el silencio del espacio interestelar, recogiendo naves, combustible, comida y armas. Tres Mambas -pequeños cazas- estaban atadas a la bahía de servicio del casco de la Anaconda, los robots se arrastraban por todas partes mientras remendaban las naves abatidas. A diferencia de los humanos, los robots podían trabajar sin arcos de luces.

Cuando la nave del cementerio había llegado al sistema privado de Rafe Zetter, el holoFac de Rafe había aparecido en la cabina.

—Se necesita mucho esfuerzo y mucho ingenio para conseguir suministros para el tipo de misión que vas a emprender. Yo le daré a tu nave el combustible suficiente para llegar a Isinor. Pero a partir de ahí, estarás por tu cuenta. Necesitarás misiles, láseres operativos, una planta de energía, una cuchara de combustible... y un montón de cosas más.

—Un culo de hierro—, murmuró Alex con una sonrisa.

—Así es. Y no quiero volver a saber de ti hasta que hayas arrancado la cabellera a esa Cobra que mató a Jason.

—¿Por qué haces esto por mí?

—Lo hago por Jason—, aclaró Rafe. —Y por otros además. Y escucha Alex. No te preocupes por Raxxla. Todavía no. Eso llegará a su tiempo.

—¿Pero por qué lo dijo? ¿Por qué mencionó ese lugar?

—Para hacerme saber que confiaba en ti. Tu padre creía que tenías madera para convertirte en un miembro Élite. Eso es suficiente para mí.

La cabeza de Alex dio un vuelco. ¿Qué estaba diciendo este anciano ahora? ¿No sólo que Jason Ryder había sido un combatiente de élite, sino que había visto el mismo potencial en su hijo?

En SimCombat, Alex había acumulado a menudo una puntuación de éxito y supervivencia que le había otorgado el máximo galardón del simulador: una tirada de victoria sobre la maqueta de la antigua ciudad terrestre de Londres. Pero nunca había pensado que en la vida real llegaría a alcanzar un estatus de combate superior a "peligroso".

—Pero ser Élite...— intentó comentar Alex.

—Una perspectiva vertiginosa.— Lo interrumpió el viejo. —Y muy angustiada, con todo lo que implicaba no sólo luchar contra los que se te plantan, sino también pasar el tiempo como cazarrecompensas, hiperespaciando deliberadamente en sistemas planetarios peligrosos, esperando que los piratas vengan a ti; en otras palabras, buscando problemas, aumentando tu estatus de combate al máximo, anunciándote a los asesinos, y superándolos. Una cosa es segura—, continuó Rafe. —A menos que estés a la altura, a menos que te conviertas en Élite, nunca llegarás a Raxxla. Y nunca sabrás exactamente qué buscaba tu padre".

—No entiendo.— Comentó Alex confundido.

—¿Estabas al tanto de su participación en «La Rueda Oscura»?— El anciano hizo la pregunta más con el verdadero sentido revelador que con la necesidad de obtener una respuesta.

¡Sorpresa tras sorpresa! La Rueda Oscura era una unidad espacial semi legendaria, jinetes estelares que se dedicaban a buscar la verdad detrás de la plétora de mitos e historias románticas que se filtraban desde todos los rincones del Universo: ciudades fabulosas, mundos paralelos, viajeros del tiempo, incluso planetas que parecían ser el antiguo "cielo" de la leyenda terrestre. La Rueda Oscura era tan misteriosa y mítica para los comerciantes de la Galaxia como el Rey Arturo podría haber sido para los primeros hombres del espacio.

—No es posible—, respiró Alex. —Nos lo habría dicho...

—¡Y una mierda!—, sentenció Rafe, mirando al joven desde el brillante holoFac del puente. —El barco que mató a Jason no era un pirata. Lo mataron porque había encontrado algo. Algo que a ciertas personas les preocupaba profundamente que se supieran.

—¿Qué exactamente?

Rafe se rió:

—¡Escucha, chico! Mírame, Alex. ¿Parezco entero? ¿Lo parezco? Pues no lo estoy. Una pierna, algo de mi hígado, unas pocas células cerebrales, todo lo que queda de mi verdadero yo. El resto es sólo biónico. Intenté hacer lo que tu padre hizo, me dispararon hasta el infierno. Una vez fui Élite. Ahora tardo diez segundos en decidirme a escupir. No me lo dijo a mí, porque ya no soy parte del juego. No hasta ese punto. Pero miro y escucho, y hago lo que me dicen. Y tan seguro como que hay un copo de oro en la piel de un gereteano, Jason Ryder me dijo que te preparara para que sigas sus pasos.

Viniendo tan pronto después de la muerte de su padre, con el recuerdo del asesinato de Jason tan vívido en su mente, era casi demasiado para Alex. No sabía si vibrar de orgullo o temblar de

temor. Se sentó lentamente en la consola del mapa galáctico, y jugó con sus dedos sobre los controles de la Cobra.

Después de un rato sonrió, y se encogió de hombros para alejar la confusión y la tristeza que sentía.

—Bien. Si eso es lo que mi padre quería, entonces no lo decepcionaré.

UNION COSMOS



CAPÍTULO V

Fuera del Espacio Brujo: el mareo, el ligero escalofrío, la breve desorientación. Delante de ellos, el lejano disco rojo-azulado del planeta Xezaor era sólo ligeramente más brillante que el campo de estrellas que lo rodeaba. El sol del planeta era tenue y estaba muy cerca. Brillaba en rojo. Una estrella moribunda, al igual que el mundo que tenían delante, era un mundo condenado, un mundo que se estaba enfriando, un mundo cuya riqueza y desarrollo industrial no podían frenar el proceso de envejecimiento galáctico. Xezaor era un lugar donde los lujos y la calidez lo significaban todo. Ahora, la piel de Shanaskilk, alcanzaría un alto precio.

Rutina. Una carrera comercial rutinaria. Elyssia dormitaba, Alex marcaba las coordenadas en el piloto automático y se preparaba para pasar el tiempo de la larga carrera hacia el mundo. Rutina, una rutina a la que Alex estaba ya muy acostumbrado.

Salir del espacio brujo y luego la lenta aproximación hasta llegar a la estación Coriolis. Nada que hacer... Nada que ver...

La Cobra se balanceó y un sonido como el chirrido de un metal que se rompe resonó en el puente.

—¡Compañía!— dijo Alex en voz alta, y Elyssia parpadeó para despertarse. Debió de evaluar la situación en un instante. Se quedó donde estaba. Alex estaba en la consola y sólo había segundos disponibles para pensar.

A Alex le había pillado por sorpresa, no porque no hubiera prestado atención, sino porque las naves de ataque habían estado muy cerca del punto de salida del hiperespacio. Con sus diminutos cascos entre él y el sol resplandeciente, no habían sido visibles ni un instante, y habían estado realizando una rutina de "volteretas", imitando a los asteroides de movimiento lento.

Alex se había fijado en ellos y los había ignorado. Habían hecho el primer disparo y luego habían sobrevolado a la Cobra.

Ahora, se agruparon por detrás mientras Alex aumentaba la velocidad al máximo y escaneaba el espacio en busca de ellos.

—Aquí vienen...

Los escudos gritaron cuando el fuego de los láseres se hizo sentir en ellos. ¡Rayos láser! Esas naves estaban bien equipadas. Pero también lo estaba la Némesis, el dramático nombre que él y Elyssia habían dado a su nave. Alex comprobó el monitor trasero y alineó la ventana de disparo. Lanzó dos ráfagas de fuego desde el recién instalado láser de popa. Las naves piratas se desviaron, pero logró impactar a una de ellas.

Como los tenía en la pantalla, apuntó un misil. Otro misil, procedente de una de las naves atacantes comenzó a zigzaguear hacia ellos, y su pantalla parpadeó con una advertencia. Alex accionó el ECM de la Némesis y, tras unos segundos angustiosamente largos, el misil entrante se desvaneció en un estallido de calor y luz. El casco chirrió y Alex se preocupó. Se dio cuenta de que los escudos habían empezado a agotar la primera unidad de energía.

Elyssia se sentó tranquila y silenciosa mientras Alex manejaba la situación. Delante de ellos, el planeta se acercaba, subiendo y bajando y girando de forma vertiginosa mientras Alex luchaba por una mejor posición de combate.

Entonces, el instinto se impuso. Hizo girar el Cobra 180 grados y se lanzó de frente contra la nave pirata que había estado detrás de él. Ahora podía ver que se trataba de un Fer-de-Lance, una nave elegante y rápida que probablemente estaba cargada de sofisticados equipos de navegación y defensa instalados por su propietario original. O tal vez no... ese equipo requería dinero para su mantenimiento, y esta nave había estado en servicio en muchas batallas.

Cuando el pirata y Alex se acercaron, Alex se arriesgó. Sólo tenían cuatro misiles y uno estaba apuntado. Abrió fuego y la Cobra se sacudió cuando el mortífero agujón atravesó el espacio. Alcanzó su objetivo y el Fer-de-lance desapareció literalmente. ¿Se había hiperespaciado? Claro que no.

Cuando Alex activó la pantalla trasera, vio la nube de cenizas que se extendía, un destello plateado contra las estrellas...

—¡Buena puntería!— Exclamó Elyssia con entusiasmo. A través de la nube de metal y polvo, apareció la otra nave.

Alex volvió a girar. Un golpe de láser agotó aún más el escudo de popa. Pero ahora que el enemigo sabía que su presa tenía un sistema antimisiles, iba a intentar un combate aéreo con Alex hasta la destrucción.

La nave también era una Cobra. Su boca de carga estaba abierta, preparada para aspirar los botes de la preciada piel de Shanaskilk de los restos del comerciante destrozado le darían. Pero Alex tenía otras ideas.

De nuevo, Xezaor se les puso delante. Al sobrepasar al planeta, Alex se corrió por detrás buscando la seguridad, y el pirata tejió un patrón serpenteante contra el campo estelar que había de fondo. Alex apuntó a un misil...

—Guárdalo si puedes...— Elyssia le sugirió.

—Lo sé—, dijo Alex. —Pero podemos permitirnos un reemplazo.

—Pero entonces, no podremos permitirnos el combustible—, le recordó Elyssia, y ambos se rieron. En un momento así... ¡Estaban preocupados por su lista de la compra!

La estación espacial, y la seguridad que ofrecía con sus propias defensas de combate, estaban demasiado lejos. Alex viró bruscamente hacia el sol y redujo drásticamente su velocidad de avance. La nave perseguidora copió con precisión el primer movimiento, pero tardó

unos segundos en orientarse al segundo. Se pasó de largo. Antes de que se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, ya no era el cazador sino la presa.

—¡Vamos, Alex, vamos!— Gritó Elyssia, mientras Alex disparaba pulso tras pulso de fuego láser. La Cobra que aparecía en la pantalla se agachaba y se contorneaba, pero Alex estaba a la altura, apenas pensaba, sólo reaccionaba. La temperatura de su láser delantero empezó a aumentar peligrosamente. La Cobra de delante les lanzó un misil y Alex lo disparó, sin molestarse siquiera en programar el ECM.

Elyssia soltó un grito ahogado al ver aquel descaro, y miró al joven en cuyas habilidosas manos descansaba su vida.

Un momento después todo había terminado. El pirata explotó, su escudo de energía finalmente se había agotado. Alex vio el guiño y luego el destello de una cápsula de escape eyectada y por un segundo, se encontró recordando el rayo de fuego que había destruido su propia nave de escape, recordando la salvaje destrucción del Avalonia...

Se sintió tentado de ir en su persecución. Pero su buen juicio prevaleció. A su alrededor, los contenedores de carga caían como semillas de sicomoro.

—Y nosotros sin una pala para recogerlos.— Murmuró Elyssia.

Alex sonrió.

—Reclamamos de a dos. Es una buena recompensa.

Elyssia le miró mientras se sentaba y guiaba la nave hacia Xezaor.
—Alex, tienes un talento natural. Es un honor recorrer las estrellas contigo.

Nadie había dicho una palabra, ninguno de ellos había comentado nada: el hecho de que éste había sido el primer combate en solitario de Alex.

CAPÍTULO VI

Llevaban ya tres meses de actividad estándar, y su nave Cobra, la Némesis, apenas era reconocible como la otrora maltrecha tumba del comerciante Henry Bell. Con nuevas insignias, nuevas soldaduras, nuevos colores y las vainas e hinchazones de los alojamientos del armamento, empezaba a parecer un caza.

Tres meses de comerciante, y ni por una hora de un día de esos meses Alex había olvidado la razón de ese modo de vida. Algo - alguien- disfrazado de comerciante había matado a su padre, y había hecho todo lo posible por matarlo a él. Su viejo había llevado una doble vida, y de acuerdo con la reliquia más antigua de la Galaxia, había encargado a su hijo que siguiera su camino estelar. Alex Ryder no iba a fallar a su padre en ese deseo.

Había tantas preguntas, tanta pena, tanta rabia. Y también para Elyssia, aunque la teorgiana rara vez mostraba la emoción que Alex, intuía que bullía justo debajo de la superficie de ese exterior frío y chistoso. Se enfrentaban a una tarea juntos, una tarea de crecimiento, de hacerse fuertes. Tendría que haber un tiempo de espera, y ambos aceptaban ese tiempo con toda la paciencia silenciosa que podían reunir. Pero no era fácil, no era fácil para ninguno de los dos. Y para Alex, ya con las manos manchadas de sangre... no era nada fácil.

La escaramuza con las dos naves piratas, había raspado un poco la pintura y aflojado varias placas del casco, lo que obligaba a viajar a un satélite de servicio donde, debido a su labor como cazadores de recompensas, el trabajo se realizaría casi con toda seguridad, de forma gratuita. Aunque éste había sido el primer combate en solitario de Alex, para ella no había sido su primera batalla. Elyssia habría cumplido los requisitos para obtener el estatus de "peligrosa" si hubiera podido optar a una clasificación. Sin embargo, a la vista de

las escaramuzas de la Némesis, se le asignó el rango a Alex. Ahora, por primera vez, él sentía que había dado un paso sustancial para demostrar que realmente merecía esa clasificación en particular.

Todavía en la consola de astrología, guió la nave hasta situarse a menos de mil kilómetros de la superficie del mundo marchito, tan cerca que el planeta lo llenaba todo en la pantalla de visión delantera. A una velocidad de aproximación muy lenta, finalmente dio la vuelta y allí, girando despacio ante ellos, como un reluciente cubo metálico, estaba la estación espacial, con su bahía de acceso como un amplio buzón giratorio.

—Oh, qué daría por un ordenador de acoplamiento—, murmuró Alex empezaba a igualar la rotación y se acercaba lentamente.

—¡Un desperdicio de dinero!— reprendió Elyssia. —Si no puedes acoplarte sin perder la pintura, no deberías estar en el espacio.

Alex era un gran piloto. Pero entrar limpiamente en la bahía de recepción de una estación Coriolis era su mayor debilidad.

Sin embargo, lo consiguió, y una vez dentro del vasto espacio del hangar, la tracción magnética arrastró la Némesis lentamente hasta una litera vacía. Los enlaces del autocomunicador salieron y se sujetaron a su casco. Alex observó el bullicio en el gran vacío iluminado, las naves de aduanas, los Vipers de la policía, los módulos de publicidad, los módulos de reparación, todos moviéndose lentamente en el espacio cúbico, haciendo su trabajo. Elyssia se escondió en la cápsula de escape, como siempre. Alex declaró su carga, y recibió la confirmación de sus asesinatos por recompensa, y la notificación de su bonificación: ¡Treinta créditos! Eso cubría exactamente el coste de un nuevo misil.

Una vez realizadas todas las comprobaciones, registros y verificaciones de identidad, Elyssia salió de su escondite. La cápsula de escape había sido su primera prioridad, y habían comprado una de

segunda mano por cuatrocientos créditos. De todos modos, no tenían intención de utilizarla, salvo para ocultar los desafortunados e inoportunos orígenes de Elyssia.

Ahora comenzaba la rutina de los negocios. Vender, luego decidir dónde comerciar a continuación, y qué comprar para llevar.

El comercio es una profesión de éxito y fracaso. Con ciertos productos de alta demanda y alta rotación, se puede garantizar un pequeño beneficio: alimentos, textiles, maquinaria sencilla, lujos simples. Pero los costes de funcionamiento de la nave y las escaramuzas espaciales ocasionales, pueden acabar con esos beneficios, haciendo que todo el ejercicio no tenga ningún valor. No hay forma de conocer los precios del comercio en otros sistemas. Cada estado planetario guarda celosamente su información bursátil, y existen fuertes sanciones por enviar por correo electrónico los precios de mercado de cualquier artículo más allá de la órbita espacial.

Los precios también cambian. Los especuladores están al acecho en todos los sistemas, por muy pobres que sean. Esa tonelada de bladderlash congelado que hace un mes habría alcanzado ocho créditos en Ceinzala, frente a un precio de compra de tres en su mundo natal, Reorte, de repente sólo valdrá dos. La demanda de bladderlash no ha disminuido. Los especuladores han hecho una matanza secreta, y han arreglado el mercado. Aciertos y errores.

Alex y Elyssia habían tenido suerte hasta ahora. llevando la seda mental de Vargorn entre Rexebe e Inera, duplicaron sus cien créditos iniciales. Habían transportado las escamas de oro de los reptiles de Geretean y apenas habían cubierto sus gastos. Habían suministrado veinte toneladas de pepas de girasol a los grotescos habitantes anfibioides de Bierle, para quienes las pepas eran un manjar particular, sólo para descubrir que se había producido una mutación masiva, inducida por la mente, en toda la población planetaria,

cambiando sus papilas gustativas... Ahora se buscaba el nuevo manjar para deleitar los paladares de los berlineses. El aceite lubricante había estado cerca, y el papel de seda con aroma a lavanda. Pero en algún lugar había un beneficio real que obtener. Un día. Un año.

Trasladar maquinaria de mundos de alta tecnología a mundos de tecnología media también era inesperadamente rentable, y la demanda de lujos siempre era alta en los mundos industriales en evolución. Pero en Xezaor, la piel de Shanaskilk (compradas a treinta créditos galácticos la tonelada) eran probablemente su mejor apuesta. Alex consultó nerviosamente el precio de compra en Xezaor.

Gritó de triunfo al ver que él y Elyssia habían triplicado su dinero. Esta vez, en el juego de aciertos y errores, habían tenido suerte.

Vendieron la mercadería sin problemas. Entonces Alex consultó la lista de precios en Xezaor del equipamiento de naves y armamento. El nuevo misil costaba los treinta créditos habituales. Pidió uno y un pequeño robot salió a buscar el armamento permitido. Los rayos láser costaban mil créditos, y la tentación de invertir en uno era fuerte. El precio del combustible y de la cuchara de carga que tanto necesitaba la Némesis era desorbitado: quinientos veinticinco créditos. Pero una planta de energía costaba casi el doble.

Por supuesto, una cuchara de combustible podía utilizarse para el salvamento, así como para rellenar sus bancos de combustible mediante la extracción de energía de los soles, por lo que era una buena inversión, incluso con cien créditos de más.

Alex pidió una. La entrega y el montaje tardarían veinte horas, un día normal. Alex llenó la nave de combustible y se aprovisionó de productos de Xezaor.

Les quedaban trescientos veinte créditos galácticos con los que comprar existencias comerciales, una suma incómodamente baja. Por otra parte, su nave contaba ahora con escudos defensivos adicionales,

un sistema de orientación cuatridireccional de láseres y misiles, un sistema antimisiles y una cuchara de combustible. Estaban a más de medio camino de convertirse en un crucero de batalla.

Elyssia escaneó la lista de mercados del planeta con Alex. A pesar de que a los xezaorianos les gustaban las cosas exóticas, tenían muy poco que ofrecer. Había dos narcóticos disponibles -la hierba arcturiana y, extrañamente, el tabaco- y Alex se lo pensó mucho.

—Seguramente podríamos salirnos con la nuestra con el tabaco.

—Ajá.— Murmuró Elyssia. —De ninguna manera. La nicotina es mortal, incluso en dosis bajas, para muchas razas.

—¿Si lo llevamos a un mundo humano?— Sugirió él.

—Sigue siendo demasiado arriesgado.

Los minerales se ofrecían, pero eran caros. El durasio (uno de los minerales que pueden ser refinados y "estresados por el tiempo" para obtener duralio para los cascos de las naves), estaba disponible a ocho créditos la tonelada, y se vendería excepcionalmente bien en Lave... pero Lave estaba a muchos años luz de distancia, ahora, y cualquier mineral similar podría tocar fondo en un día normal cuando apareciera otro más rico. Demasiado arriesgado.

¿Piedras preciosas? Había espectros granates y plateados a la venta, y esmeraldas rojo-verdes. Un convoy pirata olería ese botín a dos años luz de distancia.

En cuanto al mercado de curiosidades, se ofrecían doscientos huesos fosilizados de dironothasaurios, a cuarenta créditos cada uno.

—¿Has oído hablar de ellos?— preguntó Elyssia.

Alex respondió:

—He visto uno, y también lo he oído, en un museo de mi mundo. Cantan. Tienen más de cuarenta millones de años y siguen cantando, esperando algo, una eclosión o un cambio de clima. Son huesos de la

región pélvica, así que podrían ser vainas de incubación. Nadie sabe.— completó Alex encogiéndose de hombros.

—¿Son valiosos?

—Mucho. Exactamente cuánto, no lo sé.

—Comprueba las restricciones.

Alex lo hizo. No se conocían restricciones de importación, ni posibles violaciones legales en el comercio de estos huesos de animales fosilizados.

—Mejor que la comida—, dijo Alex.

—Cualquier día—, aceptó Elyssia.

—Así que vamos a por ello...

—Supongo que sí.

Pero cuando Alex empezó a teclear en el centro comercial para comprar la mercancía, la consola mostró las palabras "Mensaje entrante...".

—¡Rafe!— dijo Alex. Y Elyssia también parecía emocionada ante la perspectiva de volver a ver y hablar con Rafe Zetter.

Pero no era el viejo comerciante espacial que apareció en la pantalla cuando Alex aceptó la llamada. Nada parecido.

Era un ser humano, y no un alienígena humanoide el que se enfrentaba a ellos. Pero lo que le había ocurrido a su rostro era indescriptible. Había muchas maneras de cambiar el aspecto humano ordinario a caricaturas de pesadilla del mismo: volar demasiado cerca de ciertas estrellas, estar expuesto al vacío interestelar con demasiada frecuencia, trabajar en ciertas minas de minerales. Alex imaginaba mientras miraba las hinchazones grises que envolvían la carne de esta persona, y no se le ocurrió qué grotesco desastre le había ocurrido a la persona que llamaba.

Los labios, como alas temblorosas de gasa, temblaban en la carne gris. Una mano, esquelética y lisiada, atravesada por vasos sanguíneos

de color rojo brillante, tocó el cabello pelirrojo que crecía en un extraño círculo floral alrededor de la cabeza deformada.

—¿Eres Ryder?— La voz, al menos, sonaba normal. Y masculina.

—Identifíquese, llamante.

Ignorando la pregunta, el otro hombre continuó:

—¿Con qué comercian esta vez? ¿Minerales? ¿Especialidades? ¿Qué le interesa? Sea lo que sea lo que está pensando en comprar, puedo hacerle un mejor trato.

—No comerciaría con usted ni aunque estuviera a punto de explotar una supernova.

El humano sonrió (o eso parecía).

—Rafe Zetter lo haría. ¿Cómo es que eres tan quisquilloso?

—¿Conoces a Rafe?— preguntó Alex, perturbado y desconcertado por la invocación del nombre amistoso por parte del hombre grotesco.

—Yo y a la mitad del Universo—. El hombre deforme se inclinó más hacia el monitor. Sus rasgos llenaban totalmente la pantalla.

—Parásitos.

—¿Perdón?

—Estas cosas. Esto...—, se golpeó la cara. —Parásitos. Gusanos de araña. Hice una temporada en el corral. en el mundo de Dykstra, y los pequeños bichos se aficionaron a mí. Estas son las larvas, unos dos millones de ellas. Saldrán del cascarón en unos diez años, y eso será mi fin. Espero en ese momento estar cenando con alguien que no me gusta, pero no puedes planear estas cosas. No te culpo por no confiar en mí...— Unos ojos pálidos brillaron bajo los pesados y palpitantes pliegues de carne grisásea. —Pero no juzgues por las apariencias. Alex... es Alex, ¿no? Quiero decir, por el amor de Dios, dime al menos si me he equivocado de número.

—Soy Alex Ryder.

—Y yo soy Patrick McGreavy. Te diré sólo dos cosas. La primera es esta: cuando mates a la serpiente, dejarás caer un fantasma que me persigue desde hace más de cinco años. No soy un aviador. Lo que soy no importa. Hay más gente como yo, que todas las semillas de girasol que has intercambiado en tu vida. Gente que necesita venganza. Gente que no puede hacerlo por sí misma. Mata a la serpiente y nos harás un servicio a todos.

Alex no pudo evitar la sonrisa irónica que se dibujó en sus labios, aunque pocas veces había tenido menos ganas de sonreír. Se sentía como si lo estuvieran maniobrando, manipulando, como una nave robot, un autoremoto, programado para volar en círculos interminables y sin sentido. ¿Qué demonios estaba pasando? Era el hijo de Jason Ryder, y hasta hacía tres meses su mejor experiencia de combate había sido en un entrenador de SimCombat. Su licencia de piloto apenas se había secado. Y de alguna manera, a pesar de todo ello, había sido elegido como némesis para ejecutar una salvaje venganza de un nave que, sin duda, era mucho más que un simple -y simplemente mortal- pirata.

Había gente que le observaba y le esperaba, con los dedos cruzados y la respiración contenida. ¿Por qué él? ¿Por qué él? (Y Elyssia...)

—De acuerdo—, dijo en voz baja. —Ya entendí el mensaje. Dijiste "dos cosas".

—Bien. Rafe te dijo que cambiaras las pieles de Shanaskilk, en cuanto pudieras permitirte. ¿Estoy en lo cierto?'

Tenía razón. Fue uno de los últimos consejos de Rafe a Alex, y éste no lo había olvidado.

McGreavy continuó:

—Cuando Rafe te dijo que hicieras eso, en realidad te estaba enviando a mí. Tienes que conseguir un culo de hierro. Tienes que

cambiar por algo que realmente valga la pena. Desembarca y vuela a Ciudad del Sur, al centro de comerciantes privados en el edificio Magallanes.

—Ya tengo un culo de hierro—, dijo Alex.

—Eso crees tú, ¿no? Hazlo de todos modos. Arriésgate. Dirígete al edificio Magallanes, Ciudad del Sur.

Tras un momento de duda, y con una mirada a Elyssia, que se limitó a encogerse de hombros y asentir, Alex aceptó.

Una estación Coriolis es nada menos que una vasta ciudad construida en seis planos y extendida, alrededor del amplio cielo vacío de su interior, hacia adentro. Desde Ciudad Sur, el techo del mundo es Ciudad Norte. Por la noche, las luces que brillan sobre su cabeza son las de las calles y los edificios.

Alex salió del atracadero de la nave y tomó un taxi aéreo para cruzar el vacío. La diminuta nave automática se deslizó con delicadeza y suavidad entre las naves que llegaban y las que salían. Alex observó fascinado cómo los imponentes edificios de Ciudad del Sur se alejaban y el cielo gris se acercaba. A su izquierda, podía ver el patrón de calles y parques del plano habitado conocido como Ciudad Comandante. Frente a la entrada de la estación, en ese nivel concreto vivían los altos funcionarios y varios enviados y embajadores planetarios. Disfrutaban de un paisaje que incluía lagos, ríos y pistas de esquí con nieve real.

Debajo de él, la Némesis se convirtió en una pequeña forma de dardo en la amplia plataforma de aterrizaje. Por encima, las altísimas oficinas y los bloques de viviendas se extendían hacia él como estalactitas geométricas.

Hubo un momento de brusca desorientación y, de repente, el techo era el suelo y ahora el Némesis era una única luz parpadeante en el cielo. El taxi bajó rápidamente al nivel de la calle, entre las estructuras

monolíticas grises y negras. Luces de diferentes colores parpadeaban y brillaban, y cuando comenzó la atmósfera, un extraño brillo polvoriento pareció envolver la ciudad.

Las calles estaban abarrotadas, y Alex tardó sólo unos instantes en darse cuenta de que la Ciudad Sur de esta estación Coriolis en particular, era la zona "baja". Abundaba el comercio ilegal de narcóticos, robots, esclavos, sensasímiles, prostitución y órganos congelados. Los espaciadores caminaban despacio, con cautela, la mayoría de ellos todavía con trajes casi completos, señal inequívoca de que éste era el barrio duro. Las prostitutas, de todos los sexos (la Galaxia contaba con diecisiete en ese momento) y razas, pero mayoritariamente humanoides, solicitaban desde plataformas flotantes, listas para escapar rápidamente de cualquier cliente demasiado acogedor e inoportuno. Las vallas publicitarias se dedicaban casi por completo a proclamar los placeres ilícitos que se podían obtener en Ciudad Sur. Los coches de policía y los controles remotos rugían por encima, al igual que las naves de médicos. Las calles estaban llenas de ruido, bullicio y suciedad.

El edificio Magallanes, un cubo oscuro y achaparrado, se asentaba en medio de esta confusión como un gran monstruo melancólico. No tenía ventanas visibles. Los ascensores subían y bajaban por sus paredes exteriores, luces verdes de movimiento lento que le daban una extraña sensación de estar vivo.

Alex había venido sin un arma de mano, y ahora empezaba a lamentarlo. Prácticamente todo lo que vio llevaba un arma, en contradicción con la ley de la órbita espacial. Caminó con cautela entre la multitud de reptilioides, anfibioides embozados, insectoides acorazados, felinos achaparrados y erizados, y los grotescos robotanques en los que cosas que parecían moluscos gigantes, o gusanos,

o ramas de brezo, se movían dentro de la seguridad de su propio entorno.

Entró en el edificio Magallanes y notó por primera vez el hedor, la combinación de olores corporales de mil formas de vida alienígenas; sorprendentemente, algunos -los que bebían gas metano crudo- conseguían excretar un sudor que olía tan dulce como la flor del manzano. Pero la mayoría no lo hacía.

El centro de comercio privado era un vasto vestíbulo, rodeado de entradas a oficinas y almacenes. Lo que se vendía en este lugar abarrotado y ruidoso, era todo lo que se consideraba demasiado arriesgado, o extraño, o común para venderlo en el mercado abierto. Más le valía al comerciante que cargaba su bahía de carga de una compra privada, comprobar el sistema de control de exportaciones del planeta antes de salir, o su recepción, al otro lado, podría ser un poco más violenta de lo que esperaba.

Alex escudriñó las altas paredes en busca de un indicio del almacén de McGreavy. Al hacerlo, se encontró detrás de dos formas de insecto altas y de aspecto violento, con sus cuerpos blindados de color gris claro y sus ojos facetados que giraban para mirarle fijamente mientras hablaban juntos, con sus quelíceros chocando y chasqueando en su peculiar modo de comunicación.

Alex se apartó, con el corazón latiendo y la sangre subiéndole a la cabeza. Ojos compuestos, miembros articulados, antenas en la cabeza, mandíbulas de doble corte... ¡Targoides! Aquí, en una estación espacial.

Los thargoides eran mortales. A los thargoides se les extirpaban las glándulas del miedo, y se les consideraba el más eficaz y potente de los enemigos de la humanidad. La recompensa por matar a un thargoide era enorme, y por capturar y entregarlo en forma juvenil, el

tharglet, a cualquier centro de investigación de la Marina Espacial, aún mayor. ¿Qué estaban haciendo aquí?

Los thargoides charlaban entre sí y observaban a Alex con frialdad. Alex se dio cuenta de que cada uno tenía un apéndice apoyado en su placa torácica, donde enfundaban sus pistolas de mano.

—Atrás—, susurró una voz, y Alex se volvió. McGreavy estaba de pie, parpadeando a través de sus deformidades. Alex no se había dado cuenta de lo bajo que era el hombre; sólo le llegaba al pecho.

—Thargoides...—, susurró.

—Te equivocas—, dijo McGreavy, y arrastró a Alex. —Son Oresrianos, y lo único que puede hacer que un Oresriano sea mortal es ser confundido de la forma en que tú lo acabas de hacer, con sus enemigos mortales, los Thargoides. Comprueba las marcas del tórax y la forma de la cuarta articulación de cada pata trasera antes de volver a sacar conclusiones.

Alex siguió a McGreavy con gratitud, alejándose de los susurrantes insectos.

El almacén de McGreavy era pequeño, estrecho y maloliente. Alex le siguió hasta el interior poco iluminado y sintió una punzada de incomodidad cuando el grotesco hombrecillo cerró las puertas tras ellos. En varios cajones grandes y transparentes, unas criaturas peculiares se revolvían y murmuraban, excitadas por la repentina perturbación.

—¿Esto es lo que tienes para ofrecer?— preguntó Alex en voz baja. McGreavy se rió. Se acercó a la caja más cercana y encendió la luz para iluminar más claramente la extraña criatura que había dentro.

Alex se quedó mirando. La criatura le resultaba vagamente familiar, pero el recuerdo se negaba a venir. Tenía un grueso caparazón, con un diseño limpio, y agujeros en las extremidades a

intervalos regulares alrededor de esta casa huesuda. Por el momento, la bestia estaba bien escondida dentro de su entorno protector.

—¿Qué son?

—Mymurths—, dijo McGreavy. —Si te parecen familiares es porque son asombrosamente parecidos a un animal de la Vieja Tierra: el tortus, como creo que se llamaba. Estas cosas tienen dos cabezas, cuatro patas y dos orgánulos anteriores que parecen no servir para nada. Se llaman así por el planeta de su origen. Mymurth. Pero los enviarán a Cirag. Los Ciragianos tienen una relación especial con los Mymurth.

—¿Se los comen?— Alex adivinó.

—Los adoran"—, lo corrigió McGreavy con un movimiento de sus endebles labios.

—¿Los adoran?

McGreavy asintió.

—Para la raza Cirag, los Mymurth son las reencarnaciones de los dioses. Un tipo particular de dios, llamado 'avatar'. La forma animal de un dios. Los Mymurth se parecen mucho a los avatares legendarios de la religión y mitología Ciragiana. Son de otro mundo, por supuesto, y no tienen ninguna conexión con Cirag en absoluto. Pero cualquier familia ciragiana daría una pequeña fortuna por tener un Mymurth vivo en su templo.

Alex estaba fascinado e intrigado. Las voluminosas criaturas se movían perezosamente, con sus carnosas extremidades rosadas saliendo de los caparzones para impulsarse por el fango que llenaba sus jaulas.

—¿Cuánto cuestan? ¿Una pequeña fortuna?

—Cada uno de ellos vale cien créditos. Tal vez más. Y yo tengo veintiocho. Dos mil ochocientos créditos. Eso te comprará todos los escudos y armas que necesites...

—¿Por qué no los cambias tú mismo?

McGreavy se rió amargamente.

—¿Con mi historial? Debes estar bromeando. No, gracias. Me lleva medio año estándar conseguir un bolígrafo lleno de estas cosas, y Rafe Zetter suele tener un cliente para mí, alguien como tú que necesita crédito rápido, para realizar un determinado acto... de violencia.

Alex se encontró mirando los ojos brillantes de la horrible cara que tenía delante. Ya no era demasiado consciente de las deformidades, ni de la vida palpitante que existía justo debajo de la piel del hombre. Sólo era consciente del hecho de que quería -necesitaba- confiar en este conocido de Rafe, y sin embargo no lo hacía.

—Hazme una oferta que no pueda rechazar—, dijo McGreavy, y la dura realidad volvió a golpear a Alex.

Dijo:

—Trescientos.

McGreavy se rió y negó con la cabeza. La idea es que tú te beneficies. No lo harás ofreciéndome el triple de lo que probablemente ganes por un Mymurth.

—Quise decir... trescientos por el lote.

Durante un segundo, McGreavy permaneció en silencio, mirando fijamente al joven.

—¿Es una broma?

—No es una broma. Tengo trescientos créditos y ni uno más. Te has equivocado de chico, McGreavy.

—¡Acabas de vender un cargamento de pieles de Shanaskilk!

—Y compré armas y una cuchara de combustible. Compré las pieles en pérdida para empezar. No soy un comerciante, McGreavy. Soy un combatiente. Te lo dije.— Alex miró al Mymurth. —Te compraré ocho. ¿Qué te parece?

—Vendo el lote, o no nada. Quiero mil quinientos créditos por ellos. Rafe dijo que los comprarías...

—Rafe se equivocó. Cámbiaselos a algún otro imbécil...

Alex se dio la vuelta para irse. El gemido de pánico de McGreavy fue casi divertido de escuchar.

—Guardo estas cosas para Rafe. ¿Quién más va a comerciar con Mymurth?'

—Te quito diez de las manos, por trescientos créditos. Cuanto más te entretengas, menos te ofreceré.

Alex estaba disfrutando de esto.

—Necesito cambiar el lote completo. A Cirag.

Dónde estaba Cirag, se preguntó Alex. No era un nombre que le sonara.

—Entonces tendrás que confiar en mí,— Le dijo. —como confías en Rafe. Te daré un anticipo de trescientos contra un tercio de lo que consiga en Cirag. Volveré y te pagaré.

McGreavy lo miró en silencio; la respiración del hombre era agitada.

—Un tercio apenas cubrirá mis gastos. Que sea el cincuenta por ciento.

—Cuarenta por ciento.— Sentenció Alex. —Y no hay más regateo.

El Mymurth se revolvió ansiosamente. McGreavy se encogió de hombros derrotado. Llamó al testigo de la vid, y los dos hombres firmaron el acuerdo. Veintiocho Mymurth para la venta a Cirag, el cuarenta por ciento de los ingresos para ser devuelto a Pat McGreavy en South City, Coriolis 7, Xezaor.

Si McGreavy tenía razón, y el dinero provenía de los locos religiosos de Cirag... ¿Dónde estaba Cirag?

La Némesis podría equiparse con rayos láser, misiles adicionales, unidades de energía de escudo adicionales y una planta de poder, y la caza al fin podría comenzar en serio.

Alex regresó a su nave para informar sobre las operaciones del día.



CAPÍTULO VII

Les habían tendido una trampa, por supuesto.

Y, en cierto modo, entraron en la trampa con ganas. Alex investigó el planeta Cirag y descubrió que no estaba inscrito en el Registro Planetario Oficial. Esa era la razón de su desconocido nombre. No estar registrado no era en sí mismo inusual. Sólo los mundos habitados figuraban en la lista. Había millones de sistemas estelares habitados, útiles para los mineros, comerciantes y exploradores, que sólo podían ser localizados por referencia al Gazatteer Galáctico de Mundos. Pero Cirag estaba habitado por seres inteligentes.

Eso sólo significaba una cosa: Cirag era un mundo independiente, había rechazado el estatus de la Federación, era peligroso, probablemente mortífero, con toda probabilidad el refugio de los ladrones y criminales, y casi con toda seguridad, un sistema en el que se aplicaba el principio general de "primero el láser, después la conversación".

—Tenemos que estar locos...— dijo Elyssia.

Alex estuvo de acuerdo.

—¿Podría Cirag ser Raxxla? ¿Podría ser el mundo que mi padre mencionó antes de morir?

—De ninguna manera. Cirag es Cirag, y Raxxla -si existe- está en otra galaxia; ya conoces las leyendas. Cirag es un mundo infernal, por lo que parece. Devuélvele al tipo sus tortugas. Intercambiamos huesos de vida".

Pero Alex dijo que no. Algo en todo el trato, en la forma en que se sentía manipulado, guiado, le había abierto el apetito por esta empresa. Había un buen dinero que ganar, y la Némesis podría finalmente equiparse a la perfección. Y la caza podría comenzar. La venganza podría comenzar.

—Es un éxito o un fracaso, ¿verdad? Y en el elocuente lenguaje de Rafe, no sabremos nada de ningún fallo.

—Tenemos que estar locos...— Elyssia repitió. —No hablemos con ningún extraño, al menos.

Fuera del Espacio Brujo.

El planeta Cirag flotaba ante ellos, un mundo amarillo pastel, las marcas oscuras de su superficie (montañas probablemente, o desiertos) formando un patrón que recordaba a Alex los huesos. A diecinueve años luz de Xezaor, la Némesis había hecho dos paradas para repostar, y al entrar en el Espacio del Sistema, sólo tenían energía suficiente para un salto de dos años luz. El mundo más cercano, sabía Alex, estaba a más del doble de esa distancia.

No importaba. Con su nueva cucharada de recarga, simplemente transitarían por la corona solar, y recargarían las células de combustible.

El sol de Cirag era una estrella grande y amarilla, vieja, pero con mucha vida todavía. También estaba activo. Cuando Elyssia lo observó en la consola de astrología, dos inmensas corrientes de fuego salían de su superficie, remolinos de plasma que resultaban espectaculares, los que se apreciaban a través de los filtros polarizadores de la Némesis.

—Vamos a coger un poco de ese calor—, dijo Elyssia, y aceleró al máximo. La Némesis avanzó a toda velocidad.

Pero no volaron más de un minuto.

—¡Santa Madre de las Estrellas!— Alex miró las pantallas del escáner y sintió que se le revolvía el estómago. Las marcas brillantes eran tan grandes que sólo podían ser cruceros de clase Boa o Anaconda. Habían formado un patrón de ataque, cuatro grandes naves, rodeadas por los puntos luminosos que eran su escolta de cazas.

En la pantalla de visualización, contra el sol resplandeciente, el grupo de asalto eran manchas oscuras, acercándose rápidamente.

—Boas—, anunció Elyssia. —Están preparados como cruceros de combate, por lo que parece. Al menos son lentos. Espera...

Alex se agarró a su asiento e hizo una mueca al caer en la misma trampa que su padre le había tendido siempre. Pero esta vez fue mejor que se asegurara. El universo se desplazó; los órganos de su cuerpo dieron volteretas.

Elyssia fingió un bucle de escape, y los cazas (Mambas por su aspecto) rompieron la formación y entraron en el modo de dispersión que significaba la persecución. Pero Elyssia completó el bucle para volver de lleno contra la nave pirata que se acercaba.

Navegó bajo el vientre del líder con toda la calma y el descaro del mundo. Les disparó desde el vientre, y ella hizo rodar la Cobra para poder retroceder lateralmente. A lo largo de la panza de la Boa, los fragmentos y las chispas volaron brillantemente donde los escudos se bajaron alrededor de las carcasas de los láseres.

—¡Las marcas no son familiares!— remarcó Alex. Había banderas negras y verdes con fulgurantes rayos de sol en ellas, e ideogramas no terrestres en los laterales.

—Las intenciones son muy familiares.— Elyssia respiró. Detrás de ellos, dos de los Mambas se acercaban rápidamente.

Los pulsos de fuego láser formaban inquietantes rayas en el oscuro círculo del espacio que rodeaba el brillante sol que tenían delante.

Las enormes naves habían girado también, y estaban acelerando hacia ellos. Elyssia dejó claro, sin hablar, que nunca llegarían a la estrella y tendrían tiempo de repostar. Alex, que no quitaba los ojos de los escáneres, lo sabía.

Elyssia hizo rodar el Cobra y se volvió para luchar. Apuntó un misil y lo despachó en el giro, y el caza más cercano se convirtió en

una brillante nube de polvo. El otro disparó a los escudos delanteros, y la Némesis se estremeció y emitió un gemido. Dos pulsaciones de su dedo en el botón de disparo lateral, y el segundo

Mamba cayó, con los escudos aún levantados, y su piloto desorientado por el inesperado impacto. Elyssia se acercó para matar... Mató.

Uno de los Boas se asomó en la oscuridad. Rodaba lentamente, y los rayos de luz salían de su nariz en forma de pico. Elyssia apuntó un misil. El sudor corría libremente por su cara, y sus manos estaban blancas por la tensión. Alex, sintiéndose impotente, se agarró a los lados de su silla, inclinándose hacia delante, saltando y arrancando en simpatía con cada movimiento repentino, con cada acción de evasión.

La Boa desactivó el misil antes de que éste recorriera una décima parte de la distancia entre las dos naves. La Némesis se deslizó suavemente por su vientre y volvió a girar de lado, ametrallando las sensibles partes inferiores mientras coincidía con el lento balanceo del gigante.

Y entonces ocurrió. De algún lugar, de ninguna parte, el fuego láser pulsante hizo un impacto directo en la popa. La Némesis se estremeció y tartamudeó y se vio obligada a realizar un rápido y vertiginoso giro. Alex maldijo, sintiendo que su cuerpo era arrancado por el arnés del asiento. La sacudida casi le había arrancado la cabeza. Se enderezó, evaluando la situación: había dos Mambas detrás, y se estaban acercando rápidamente a las fauces de una Anaconda, que flotaba en el vacío, como una red gigante que esperaba tragarlos.

—¡A ver cómo sales de esta!— Dijo Alex en voz alta, y miró a Elyssia para ver por qué corría tan recta.

Estaba desplomada en su silla. La sangre le fluía desde el cuero cabelludo a la nariz. Tenía los ojos cerrados.

Debía de llevar el cinturón de seguridad demasiado flojo y se había golpeado contra la consola cuando la Cobra se había desplomado.

Alex saltó del asiento del copiloto y literalmente arrancó a la mujer, tirándola al suelo. No era momento para la cortesía. Se abrochó el cinturón de seguridad, disparó contra el espolón de la Anaconda y luego sobrevoló, esquivando el láser y dejando atrás un misil, que se cerró sobre su contrincante a una velocidad alarmante, antes de que pudiera destruirlo.

El planeta Cirag volvía a estar delante de ellos. Empezó a correr para ponerse a salvo, y entonces pensó algo inquietante: ¿Qué garantías tenía de que la red Coriolis le protegería si se ponía a tiro? No tenía ninguna. Era probable que las estaciones espaciales estuvieran en su contra, como las naves que le perseguían.

Lo que sí podía hacer, es darles a conocer lo que llevaba. Si lograba comunicarles que llevaba sus criaturas divinas, tal vez enviarían a sus cazas para mantener a raya a los saqueadores.

A su derecha apareció una Mamba de la nada. Hizo rodar la Némesis y disparó desde su láser trasero, luego redujo la velocidad, abarcó y ametralló la nave asesina con su cañón a babor, viendo cómo la Mamba caía sin control, no destruida, sólo muerta.

Si tan sólo pudiera liberar la carga, lanzar los recipientes que contenían los sistemas vitales de Mymurth, quizás la persecución terminaría. Él y Elyssia perderían trescientos créditos, pero... ¿Y qué? Ni él ni Elyssia eran Élite, todavía. Podía sentirse como uno de rango máximo, pero ante este tipo de...

Una Mamba lo ametralló. Los escudos gritaron. Apuntó a un misil, pero usó fuego lateral para luchar con el atacante... Enfrentados a este tipo de presión, ninguno de ellos podría sobrevivir.

Elyssia volvió en sí, se puso en pie tambaleándose y contempló, con los ojos llenos de sangre al combate.

Cirag se acercó. Un diminuto punto giratorio de luz plateada parpadeó y les hizo señas, pero su visión no llenó a Alex de alegría.

—Debe haber algo más que Mymurth en esos botes...— meditó Elyssia en voz baja.

—Discutámoslo más tarde—, replicó Alex, mientras rodaba y giraba para escapar del fuego que provenía de la más cercana de las grandes naves.

La mujer abandonó el puente. Aferrándose a la vida, bajó a la bahía de carga... Y de repente el ataque terminó.

Alex casi saltó de sorpresa. Por un momento, su popa se había recalentado y su láser de babor estuvo casi a punto de explotar. Al siguiente: nada. Las pesadas luces de las enormes naves piratas desaparecieron en el fondo. Dos de los Mambas siguieron persiguiendo su cola durante un momento, disparando últimas y optimistas ráfagas de fuego. Luego desaparecieron, alejándose en la oscuridad, lejos del sol.

Alex frenó el Némesis y comprobó los niveles de daños. No estaban gravemente heridos, pero dos misiles habían desaparecido y los niveles de energía eran bajos. Su carga estaba intacta, sin embargo, y si los piratas habían retrocedido, tan cerca del mundo, sólo podía significar que Cirag defendería a sus visitantes.

Elyssia volvió al puente, sosteniendo la pequeña caja negra que era una cámara Thru-Vis.

—Parecen tortugas. Apestan como tortugas. Son tan aburridas como las tortugas. Pero he hecho un par de tomas de Thru-V, sólo para ver si hay algo más escondido ahí dentro.

—Buena idea. Vamos a ver.

—Dos o tres minutos.— Dejó la cámara en el suelo, se sentó de nuevo en el asiento del copiloto y le miró. —¿Estás bien?

Alex asintió. Tembloroso.

—¿Y tú?

—Magullada, ensangrentada, pero no herida. ¿Estamos en la zona segura?

Parece que sí.

La estación Coriolis se extiende suavemente ante ellos, iluminada por la luz del sol, proyectando su sombra sobre el gris en el amarillo del enorme mundo de abajo. Varias naves estaban atadas a boyas cercanas. Parecían bastante seguras. Las luces brillaban en la Estación. Todo brillaba, todo era bienvenido.

Alex pasó con elegancia por delante de la inmensa ciudad voladora y se giró hacia la entrada.

Pero no había entrada. ¿Qué demonios...?

Se sentó allí, inmóvil en el espacio, con la rotación igualada a la de Coriolis, frente al metal en blanco. Acercando el zoom pudo ver la forma de la entrada, cerrada, ahora, de forma protectora.

¿Miedo a los extraños? sugirió Elyssia.

Necesitamos combustible urgentemente. Será mejor que no tengan demasiado miedo...

Luego, el crujido de un mensaje de audio entrando. En la pantalla, sólo la estación espacial, con las estrellas y el sol detrás.

—*Identifíquese, identifíquese. Esto es Craig Orbit Space.*

—Comerciante clase Cobra, Némesis—, dijo Alex. —Tenemos un cargamento de Mymurth. Abra las puertas.

Hubo silencio durante un rato, aunque el canal permaneció abierto porque continuó siseando y crujendo. Entonces:

—*Atención, Némesis. El comercio de Mymurth en las estaciones Coriolis está prohibido.*

—¿Qué?

—*Libere su carga antes de subir a bordo. Libere la carga. Serás compensado.*

Alex miró a Elyssia, completamente desconcertado.

—¿Qué demonios hacemos?

—Me parece poco profesional—, dijo la mujer. —Suenan un poco sospechosos.

—Cogió la cámara y sacó la película revelada e impresa. Mirando las dos impresiones por un momento, de repente pareció darse cuenta de lo que estaba viendo y jadeó.

—Oh, mi dulce mundo...—, dijo lentamente, y le pasó las copias a Alex.

En la pantalla, la entrada de la estación espacial comenzó a abrirse lentamente. Dos luces brillaban allí, como ojos, diminutos en el oscuro espacio vacío que había más allá.

Alex miró las imágenes de la Thru-V, y durante un segundo no pudo comprender las grotescas imágenes que veía. Al mirar a través de los cuerpos de los Mymurth, la cámara había captado las formas de vida parecidas a arañas que vivían dentro de las inofensivas formas de tortuga. La visión era incómoda. Las patas articuladas parecían extenderse por todas las extremidades y todos los espacios del cuerpo. El cuerpo negro central era brillante, y desde él asomaban varios ojos hinchados y facetados. Dos largos y erizados zarcillos se extendían hacia el cerebro del Mymurth desde cada uno de estos horribles parásitos.

—¿Qué son?— susurró Alex, y Elyssia respondió:

—Problemas. Son thargoides inmaduros.

Alex sintió que su corazón se aceleraba. ¡Targoides! Estaba transportando Tharglets, las formas larvarias de una de las formas de vida más mortíferas de la galaxia conocida.

¿Preparado? Una trampa no era suficiente para describir la forma en que habían sido engañados en Xezaor.

—No es de extrañar que los piratas nos hayan atacado tan vorazmente.— concluyó Elyssia. —Hay una buena recompensa en Tharglets. La Marina paga bien, para fines de investigación. También son mortales; y son ideales como combatientes mercenarios si son entrenados y desarrollados. Hemos estado transportando combatientes para Cirag. Cazas piratas. No es de extrañar que quieran destruirnos. No querrán que quede ninguna prueba de esto.

Alex se quedó mirando la estación espacial. Por un momento las palabras de Elyssia entraron y no se registraron. Estaba pensando en los piratas que habían atacado, y que habían sido rechazados...

Pensaba que el peligro había pasado... estaban en una estación Coriolis, y el único peligro ahora era el comercio ilegal. Pensaba en la seguridad...

Observó cómo los ojos brillantes se deslizaban hacia delante, fuera del puerto espacial. Detrás de los ojos apareció la voluminosa forma de la nave a la que estaban unidos. Detrás de la nave venía la luz, una luz brillante, un rayo amarillo resplandeciente que proyectaba la sombra de la nave sobre la Némesis... La sombra de una serpiente.

¡La Cobra!

Habría reconocido esa nave en cualquier lugar. Hacía meses que no la veía, pero no había pasado una noche en la que su forma, su maldad, no hubiera infestado sus sueños.

La nave que había destruido al Avalonia, se acercaba lentamente hacia él, y no tenía ninguna duda sobre su identidad. Y tampoco la tenía Elyssia que respiró y se acercó a la consola.

—La quiero. Déjame tomar los controles...

—Siéntate—, le ordenó Alex con frialdad, y Elyssia se volvió hacia él con rabia.

—Tengo tanto interés en esto como tú.

—La suerte está echada.— Comentó Alex a modo de sentencia.
—El piloto de esa nave mató a mi padre.

—¡Mató a toda mi familia!— Replicó Elyssia con la mirada descarnada. —Estábamos escapando de Teorge y pedimos ayuda a esa nave para obtener suministros. Nos tomó a mi hermana y a mí como esclavas, y destrozó la nave de mi familia. Yo escapé. Mi hermana no pudo. ¡Alex, quiero a ese bastardo!

—Demasiado tarde...

El fuego brotó de la parte delantera del Cobra. La Némesis se sacudió y tembló. Alex apuntó un misil y luego devolvió el fuego láser. La energía se extendió por las pantallas de la Cobra como una brillante flor amarilla.

Aceleró hacia ellos. Alex también aceleró, pero se elevó por encima del asesino y de la estación espacial.

—No podemos luchar contra él. No tenemos las armas, ni las defensas. Todavía no. ¡Maldita sea! ¿Qué debemos hacer?

En la pantalla trasera, Alex vio la sombría forma del asesino elevándose sobre la estación Coriolis. Un destello de luz presagió la advertencia “MISIL ENTRANTE”, y Alex apuntó el ECM para destruirlo. Al hacerlo, se giró. Las dos naves pasaron a toda velocidad, majestuosos galeones de metal, arrasando con el fuego antes de girar y acercarse de nuevo.

Dos veces se enfrentaron de esta manera. La Némesis gimió bajo el peso de los golpes láser en su casco; la energía de sus células de almacenamiento comenzó a agotarse. En la mente de Alex sólo había confusión. La Cobra lo conocía, lo quería y no lo dejaba ir. Y ésta era la nave que quería matar...

Pero no estaba equipado para matarla... Todavía no. Todavía no.

Así que, a pesar de las objeciones de Elyssia, Alex se dio la vuelta y corrió hacia el sol.

La Cobra le siguió. Las dos naves maniobraron y dieron vueltas, frenaron y aceleraron. Siempre que era posible, Alex lanzaba un láser trasero, lo que hacía retroceder un poco al pirata. Apuntó y envió tres misiles más, y Alex los derribó. Tuvo la tentación de pensar que aquello representaba toda la carga de misiles del Cobra, pero evitó sabiamente tal complacencia. Su propio misil seguía apuntando, listo para volar, pero imaginó que tendría un destino rápido e inútil.

El sol se acercaba. Creció en tamaño y majestuosidad. La temperatura de la cabina de la Némesis aumentó.

Inmensos brazos de plasma se enroscaban en la superficie, como extrañas criaturas que se alzaban sobre un mar fundido. Alex voló hacia uno de ellos, con el depósito de combustible preparado.

La Cobra le disparó. Los escudos chirriaron.

Las naves en duelo entraron en el reino del Infierno.

Alex dijo:

—¡Está funcionando! Mira...

El indicador de combustible subía a medida que la cuchara aspiraba plasma en bruto y lo convertía en la forma de energía necesaria para el tránsito por el Espacio Brujo. Deslizó la Némesis por el borde del gran océano de fuego. Los brazos de la corona tenían millones de kilómetros de largo, miles de ancho, y se enroscaban en torno a ella, como un remolino. En su centro, pues, había un lugar tranquilo, un lugar alejado del calor y del peligro.

Alex se dirigió hacia él. La cabaña se llenó de un brillo espeluznante en el que las sombras parecían retorcerse y hacer señas. El sol era un resplandor insoportable. La temperatura de la nave aumentó de forma espectacular. El fuego jugaba con el casco, y los escudos gemían y crujían.

—No falta mucho—, aseguró Elyssia. Por fin ella también se había dado cuenta de que no estaban preparados para luchar contra la

Cobra. Tenían que salir de aquí, y rápido. La estrella más cercana estaba a seis años luz, su indicador de combustible mostraba una capacidad de salto de cuatro, y subiendo...

En el mar en calma, envuelto por el fuego del sol, la Némesis flotaba y esperaba. En algún lugar, en el brillante resplandor del brazo de plasma, la Cobra los buscaba, pero tal vez estaban a salvo, ahora, a salvo del escaneo, o del sondeo, ya que ningún ojo u oído electrónico podía perforar el intenso campo de radiación de la corona.

—Cinco años luz y subiendo. Prepárate para salir, ya tenemos el objetivo.

—Estoy preparado—, dijo Alex. Intentó no pensar en las consecuencias de un salto tan largo y sin supervisión. En un primer momento, sólo saltarían pequeñas distancias, pero el mecanismo de hiperpropulsión no toleraría demasiados movimientos tan débiles.

Alex hizo girar la Némesis para que virara suavemente en círculo, buscando el fuego parpadeante y sombrío en busca de peligro.

—Cinco coma cinco años luz. Un minuto más. Sólo sesenta segundos... Sólo treinta segundos... estamos llenando el tanque.

La nave zumbaba. Alex goteaba de sudor.

—Sólo veinte segundos más, Alex, y podremos volar como una semilla estelar...

—En los escáneres, el más mínimo parpadeo de luz indicaba la presencia de la Cobra. Estaba al otro lado del hilo de plasma; una cortina de fuego los separaba. Némesis y el asesino permanecían inmóviles en el espacio, uno frente al otro a través de la gran ola de fuego solar en erupción.

—¡Estamos listos para partir!— dijo Elyssia. —¡Alex! ¡Vamos. Ahora!

Alex Ryder se encogió de hombros.

—No—, le negó. —Todavía no.

—¡Alex!

Empujó la nave hacia el fuego. La imagen parpadeante y fantasmal de los escáneres también se movió acercándose.

Y con un grito repentino, Alex imprimió velocidad a los motores de la Némesis y corrió hacia el velo de llamas y plasma. Toda la visión había desaparecido. Todo lo que podía ver era la cara de su padre; y la bola blanca de llamas que había sido el Avalonia...

Todo lo que podía sentir era dolor, ira y odio...

Todo lo que sabía era que tenía un misil apuntando al Cobra, y que tenía una última y desesperada oportunidad...

Las naves se acercaron. La distancia entre ellas era la del velo de plasma que lamía el casco de la Némesis, mientras los escudos gritaban y se quejaban. No podía adentrarse demasiado. No demasiado lejos. Demasiado peligroso. Disparó el misil.

La pequeña nave entró a toda velocidad en el fuego del sol, zigzagueando y agachándose mientras se dirigía a la Cobra. No apareció en el escáner de Alex. No apareció en el escáner de la Cobra. No hasta que fue demasiado tarde.

La Cobra activó su ECM. Alex vio la explosión de brillo, la repentina detonación... y luego vio la gran bola de fuego que giró alrededor del misil destruido.

El impulso, el calor, el plasma, el fuego... todo reunido en una bola de muerte que salió de la corona y engulló la Cobra.

Ningún escudo conocido podía resistirse a una energía tan intensa, la energía bruta del sol, que picaba y gritaba, convertida en un gran maremoto de terror explosivo.

La Cobra se bañó en luz y fuego. Alex observó el escáner, y de repente...

La luz desapareció. La Cobra estaba muerta. Destruída. Desaparecida para siempre. La Némesis redujo la velocidad y giró, volviendo a la seguridad.

Nadie en el puente dijo una palabra. Pero la brillante luz del sol envejecido, arrancó brillos de las lágrimas en sus rostros.



CAPÍTULO VIII: CODA

El holoFac de Rafe Zetter brillaba y resplandecía en el puente de la Némesis, como si estuviera orgulloso. Detrás de él, el rostro completo de Lave era una visión bienvenida y relajante. Los últimos Mymurth y sus preciados parásitos habían sido descargados en dos naves tipo ASP de la Marina. Todavía no se había acordado el pago final, pero la cifra no sería inferior a cien créditos por criatura.

—Sabía que podías hacerlo—, dijo Rafe masticando alegremente y acariciando sus bigotes laterales. —Tenía que estar seguro. Pero estaba lo suficientemente como para llevarte a Cirag antes de que estuvieras listo.

—Podrían habernos matado—, murmuró Alex. —Ese sistema se las traía.

—Pero un buen combatiente, incluso un combatiente Élite, sabe cuándo y cómo huir. Estoy orgulloso de ti. ...corriste y anotaste.

Y mientras hablaba, en la pantalla aparecía un mensaje del cuartel general de la Policía Galáctica en Lave Coriolis 6.

“Enhorabuena a Alex Ryder, y gracias en nombre de la Cooperativa Galáctica de Mundos por sus esfuerzos y su habilidad en la destrucción de las naves piratas, tal y como usted ha documentado y verificado en la película V de a bordo. Tenemos el placer de asignarle el rango de combate "mortal". Su estatus legal de "Ofensor" ha sido anulado. Su nuevo rango será registrado en la Red Galáctica dentro de un día estándar. Elige sabiamente en la batalla, y sé fuerte”.

Así que ahí estaba. Alex no tenía aún veinte años de edad, y estaba a un paso de ser calificado como un combatiente más alto de lo que la mayoría de la gente podría soñar.

Era mortal; había matado a la Cobra; porque la Cobra había matado a su padre, Alex no había pensado en preguntar por piloto de la nave, al menos. Había supuesto que la nave y su piloto asesino de recompensas simplemente se habían ganado un sueldo. En cambio, le dijo a Rafe:

—¿Sabías que la nave estaba en Cirag?

—Tenía una buena idea de ello, Alex. Por eso enviamos a los Tharglets contigo. Nadie, pero nadie (si es un poco malvado) puede resistirse a un botín así. Sabía que atraería a todos los saqueadores a un año luz tras de ti, pero calculé que podrías manejarlos. Y lo que es más importante, estaba muy seguro que tu carga haría salir a la Cobra. Luchaste bien. Mostraste el tipo de instinto de combate que recuerdo en Jason. Él tenía razón. Eres el hombre adecuado para seguirlo.

—¿Seguirle a dónde?

Rafe se rió y negó con la cabeza.

—Verás, ésa es la gran pregunta. Tu padre perseguía la mítica planta Raxxla. ¿Existe o no existe? Si existe, entonces en Raxxla hay una construcción alienígena que es una puerta a otros Universos, y a todo lo que hay en esos Universos en forma de recompensas, tesoros, alienígenas, y vida.— Rafe hizo una corta pausa. Luego prosiguió — Jason Ryder estaba convencido de que Raxxla existía. Por eso se entrenó y formó parte de la Rueda Oscura, los buscadores de leyendas. No había oído mucho de él o sobre su destino durante algún tiempo, sólo justo antes de su muerte, cuando me dijo que había encontrado pruebas de la existencia real de Raxxla. Regresó al espacio profundo para reunir un equipo adecuado,— Rafe sonrió con amargura. —pero justo antes de regresar, decidió hacer una excursión de vacaciones en

mundos seguros con su hijo... sin saber que un asesino le estaba esperando.

—Pero... ¿Por qué?—, preguntó Alex. —¿Por qué matarlo por encontrar Raxxla?

—Porque ya hay gente en Raxxla. Esto es sólo una suposición, pero por lo que le pasó a Jason diría que estuvo cerca de ser correcto. Hace tiempo que sospechamos que un cuerpo de élites vive allí, y está explotando el portal. Son hombres influyentes y retorcidos. Lo suficientemente poderosos como para contratar a un asesino que mate a quien amenace a su dominio.

Rafe se inclinó un poco más hacia Alex, con sus ojos brillantes y una mirada intensa en su rostro canoso.

—Te he puesto a prueba, Alex. A ti y a Elyssia. La Rueda Oscura os necesita. A los dos. Pero créeme, lo que acabas de pasar no es nada comparado con lo que les toca afrontar ahora. Tienes que convertirte en Élite, Alex. Y eso significa mucho entrenamiento, mucha lucha, y quizás durante muchos meses, incluso años. Pero será entonces que el Universo se abrirá ante ti de una manera que nunca imaginaste posible.

Alex se quedó en silencio, pensativo, observando al anciano. En el rincón, entre sombras, Elyssia se quedó mirando también, asustada por lo que estaba oyendo.

—¿Ha desaparecido la pena? preguntó Rafe, y Alex asintió. El viejo comerciante sonrió. —¿Qué se siente ser rico?

—Vacío—, dijo Alex, y Rafe Zetter se rió.

—Lo harás por la Rueda Oscura, Alex. Lo harás...